

Movimientos sociales en Venezuela: *una propuesta transformadora*

Julio Valdez





Movimientos sociales en Venezuela: *una propuesta transformadora*

Julio Valdez

MINISTERIO

DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA

**MISIÓN
CULTURA**
CORAZÓN ADENTRO

© Julio Valdez

© 1.a edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2017. (Digital)

© 1.a edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2014.

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio.

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Editorial perro rana

DISEÑO DE COLECCIÓN

Aarón Mundo

EDICIÓN

José Zambrano

CORRECCIÓN

Francisco Romero

DIAGRAMACIÓN

Mónica Piscitelli

Depósito Legal lf 40220123004493

ISBN 978-980-14-2441-3



C O L E C C I Ó N **Paulo Freire**

... el educador ya no es solo el que educa sino aquel que, en tanto educa, es educado a través del diálogo con el educando, quien, al ser educado, también educa. Así, ambos se transforman en sujetos del proceso en que crecen juntos y en el cual los argumentos de la autoridad ya no rigen. Proceso en el que ser funcionalmente autoridad, requiere el estar siendo con las libertades y no contra ellas.

PAULO FREIRE

Ubicándose como parte de los oprimidos, Paulo Freire es, quizás, uno de los pedagogos más irreverentes y revolucionarios de nuestra América. Su propuesta emancipatoria surge desde los cimientos de pueblos que han sido históricamente excluidos y oprimidos por las grandes potencias dominantes. Desde allí, mirándose y mirando a su pueblo, postula que una pedagogía del oprimido —que no así para el oprimido— debe necesariamente surgir desde sus propias vivencias y acervos. La pedagogía del oprimido significa, en resumen, la pedagogía de la emancipación, de la liberación y, por tanto, de la autodeterminación.

En homenaje a su pensamiento y a su praxis, brindamos al público lector la Colección Paulo Freire, dedicada a la publicación de textos del pensamiento pedagógico y didáctico de nuestra América y del mundo. Sus tres series abarcan varias de las tendencias del pensamiento pedagógico y didáctico, mostrándolas en debate y reivindicando así su carácter diverso.



Serie Pensamiento Educativo

Brinda al público lector el debate y disertación de distintas tendencias y escuelas del pensamiento sobre la educación.

Serie Didáctica

Modos y herramientas de la educación son publicados en esta serie dedicada a quienes deseen construir nuevos saberes.

Serie Léxicos

Todo estudio requiere el dominio del vocabulario y sus respectivas etimologías. Diccionarios y demás textos lexicográficos estarán dispuestos en esta serie.

Movimientos sociales
***en* Venezuela:**
una propuesta transformadora

Julio Valdez

INTRODUCCIÓN

La definición de movimientos sociales es amplia y diversa. Cambia en el decurso histórico y según la óptica de quien lo mire. Cuando hablamos tradicionalmente de movimientos sociales pensamos en los obreros y los estudiantes. Ellos han tenido impacto en reformas específicas en todo el mundo.

Sin embargo, cuando nos referimos a fenómenos emergentes en nuestro continente, como el movimiento zapatista en México y los Sin Tierra en el Brasil, preferimos señalarlos como los *nuevos* movimientos sociales.

Estos nuevos movimientos sociales de América Latina presentan elementos que al parecer son claves en su caracterización. Son colectivos con buen grado de autonomía, que desencadenan procesos sociales, con o sin el apoyo de las instituciones y organizaciones tradicionales de la sociedad (Verdaguer, 1993). Buscan resolver problemas vitales específicos, mientras apuntan a una voluntad de transformación social más profunda y global. Luego profundizaremos en estos puntos.

No obstante, queremos afirmar que los movimientos sociales en América Latina no son un fenómeno nuevo. Ellos han estado presentes en el proceso histórico de creación y consolidación de las sociedades republicanas. Pero usualmente han sido relegados tradicionalmente de las estructuras del poder dominante.

Sin embargo, durante las últimas décadas, los nuevos movimientos sociales latinoamericanos se han convertido en actores fundamentales del devenir histórico en lo social, cultural, laboral, y hasta

en lo político. Así, están incidiendo de modo relevante en algunos países, por ejemplo en la elección de presidentes de repúblicas y de miembros del Poder Legislativo.

Por otra parte, no es lo mismo hablar de movimientos sociales en Europa y Estados Unidos, que en América Latina. En aquellos países, los movimientos sociales albergan a ciudadanos principalmente de la clase media, con alto grado de formación académica, en la búsqueda de reivindicaciones y reformas específicas. Según Ouviaña (2006), tanto en Estados Unidos como en Europa, los movimientos sociales tienden a estar al *centro*; su acción primordial es la negociación con las estructuras del Estado, desde los ámbitos instituidos (por ejemplo, en Alemania, los Verdes se convirtieron en un partido político), por lo que no sustentan con fuerza la construcción de instancias de *contrapoder*.

En América Latina, no obstante, los movimientos sociales tienden a agrupar a sectores policlasistas. En ellos tienen fuerte presencia los más pobres, los excluidos de los beneficios de la democracia representativa. Estos movimientos en nuestra región han ido cobrando cada vez más una fuerza inusitada, en su tendencia a crear y fortalecer redes y espacios de poder alternos.

Los movimientos latinoamericanos abordan la satisfacción de las necesidades fundamentales (alimentación, vivienda, educación, recreación) mediante procesos creativos, que parecen ensayar utopías específicas.

Observando lo anterior, suponemos que cualquier proceso que tienda a la transformación social, hoy día, debe mirar intensamente los movimientos sociales. Estos se han convertido en referencias fundamentales a la hora de pensar y desarrollar nuestros procesos históricos.

En este sentido, consideramos importante mirar y pensar los movimientos sociales en América Latina desde todas las perspectivas posibles. En mi caso, como educador que ha militado en los movimientos sociales desde hace tanto, y que ahora los asume

desde la institucionalidad universitaria, intentaré mirarlos en toda su extensión, para luego enfocar con mayor detalle la dimensión formativa.

Este libro es producto de experiencias, lecturas y diálogos diversos con actores de movimientos sociales, y con otras personas que participan con ellos desde los espacios académicos. Tiene como fin sistematizar un conjunto de ideas, que aspiramos sean aportes para el diálogo colectivo. Nos detendremos principalmente en los movimientos sociales de Venezuela, y estamos lejos de decir que hablamos en su nombre, o que intentamos abarcarlos a todos.

No obstante, estaríamos complacidos si estas líneas dicen algo significativo a los participantes de los movimientos sociales, y a los educadores populares vinculados con ellos. Es posible también que, por tener que ver los movimientos sociales con el hacer social de hoy y con la prefiguración de la sociedad del futuro, este material pueda brindar algún aporte a otros sectores de la sociedad.

En el Capítulo 1, haremos algunos trazos generales para caracterizar los movimientos sociales en América Latina. Sabemos que esto es parte de una discusión mayor, que está lejos de acercarse a su final.

En el Capítulo 2, asumiremos una muy breve visión histórica, para trazar la génesis de los movimientos sociales en Venezuela. Esto, por supuesto, seguirá siendo una asignatura pendiente, tanto para los académicos, como para los actores de los movimientos sociales.

En el Capítulo 3, intentaremos describir la coyuntura social desde donde miramos a los movimientos sociales venezolanos en la actualidad. Para ello, enfatizaremos algunos aspectos que tienen que ver con la reflexión y la acción de los movimientos sociales del país.

En el Capítulo 4, esbozaremos nuestra interpretación de cómo se perciben a sí mismos los movimientos sociales venezolanos, y cuál ha de ser su rol en el momento histórico actual. Esto es una visión personal construida desde el diálogo directo con ellos y entre ellos.

En el Capítulo 5, problematizaremos un poco el proceso de formación en y desde los movimientos sociales, poniendo sobre la mesa algunos elementos que consideramos relevantes al respecto.

En el Capítulo 6, hablaremos de algunas claves para asumir, en el ahora, la formación en y desde los movimientos sociales en Venezuela. Por supuesto, se trata de un papel de trabajo para ser discutido.

Finalmente, en el Capítulo 7, intentaremos esbozar la posibilidad de un sistema de aprendizaje permanente, que constituya a la vez fundamento y horizonte de los movimientos sociales.

Capítulo 1

MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA. UNA CARACTERIZACIÓN

Trazos de historia

Ya desde el proceso que llamamos colonización sentimos la presencia de los movimientos sociales. El Imperio español se impuso por las armas, obligando a los habitantes americanos a aceptar un intercambio económico injusto y una dominación política sujeta a los intereses imperiales. Esto, desde el principio, vino acompañado con una imposición cultural clara: mientras los invasores eran “buenos”, “guiados por Dios”, “civilizados”, los nativos eran “salvajes”, “animales”, “infieles” (Flores Mora y González Suárez, 1990).

No obstante, ya desde la Colonia surgen los primeros movimientos sociales de América. Orlando Fals Borda (2005), aunque habla de Colombia, ilustra un proceso continental. Se refiere a cuatro pueblos fundantes de la nacionalidad: los indígenas, los negros cimarrones, los campesinos artesanos y los colonos agrícolas. Indios y negros eran avasallados y exterminados sistemáticamente por el ejército invasor. No pocos escapaban y formaban comunidades libres (cimarroneras, quilombos, rochelas). Los campesinos y los colonos viven una sujeción menor con respecto a los centros de poder, aunque también sufren por parte de ellos la imposición y la explotación.

Así, estos grupos humanos, cada cual con su particularidad, resistieron los embates del poder imperial y se extendieron a lo largo de los territorios libres, ocupándose de la producción y

reproducción económica y social de los habitantes. Ellos nos han dejado como herencia la solidaridad y la reciprocidad, la libertad y la ayuda mutua, la dignidad política y personal, el sentido de autonomía civil y el estímulo a la creatividad de las comunidades (Borda, 2007).

A finales del siglo XVIII, el crecimiento de los grupos económicos nacionales (minería, agricultura, ganadería) derivó en un cuestionamiento del poder político sustentado por la Corona española. Bajo inspiración de la literatura referida a la Revolución francesa, a principios del XIX, empiezan a encarnarse los conceptos de libertad y nacionalismo. Así, los criollos, que lograron involucrar otros grupos sociales (indios, mestizos), lideraron una guerra que finalmente logró revocar los poderes instituidos por la Corona española.

Sin embargo, la expulsión de los mandatarios y del ejército español no trajo la paz que algunos soñaron. Las sociedades americanas ya eran un asunto de la mayor complejidad. Era necesario, hacia adentro, consolidar las nacientes repúblicas, creando la institucionalidad apropiada para estas. Ello tenía que pasar tanto por la agresiva injerencia de las potencias extranjeras, como por los conflictos derivados de los intereses personales y de grupos internos. *Por arriba*, se impusieron los modelos de sociedad europeos (los 3 poderes, las instituciones, las leyes basadas en el derecho romano), mientras *por debajo*, se movía un rico proceso de resistencia y de creación de identidad y nuevos espacios sociales. De alguna manera, este esquema social se mantiene hoy día.

En consecuencia, nuestras naciones emergentes, aún debilitadas por los enfrentamientos armados, eran presas fáciles para el capitalismo voraz de países como Estados Unidos e Inglaterra. Estos intervinieron activamente en nuestros procesos históricos, en alianza con grupos internos que peleaban por consolidar su poder económico y político, a costa del sometimiento brutal de los otros sectores de la vida social.

De esta manera, el imaginario de la Independencia estuvo comprometido desde el principio. Esto llevó a la conformación de dos procesos concomitantes en nuestras naciones, que aún perviven en la realidad de hoy. Los propietarios de minas, haciendas, y los líderes de la gesta independentista, aliados con las fuerzas de los grandes imperios, se consolidaban en el poder. Desde este movimiento de consolidación, promovían la creación y afianzamiento de las principales instituciones de las nuevas repúblicas: poderes públicos, organismos económicos, religión, escuelas y ámbitos culturales.

Por consiguiente, en este proceso creativo debían asegurar sus poderes y sus privilegios. Por ello, tenían forzosamente que excluir del poder y someter sistemáticamente a los otros grupos sociales (colonos, agricultores, artesanos, esclavos), que también habían participado en la Guerra de la Independencia. No obstante, estos grupos resistían sistemáticamente esos intentos de sometimiento y dominación, por lo que se agudizaban las tensiones sociales existentes.

Desde lo anterior, se hizo imposible la consolidación de la democracia plena en las nuevas repúblicas. Los conflictos permanentes que viabilizaron la figura de los caudillos eran heridas mortales en nuestros procesos sociohistóricos. Los poderes políticos y la vida institucional eran débiles por la injerencia extranjera y las guerras internas. La desigualdad social, amplia y profunda, arrastraba de miseria y de carencias a buena parte de la población.

Avanzado el siglo XIX, el liberalismo acentuó cada vez más su sentido conservador. No obstante el desarrollo desigual de los beneficios económicos y políticos, los mercados se fueron consolidando, permitiendo una mayor incorporación del sector trabajador en la vida económica de los países. En algunos, como Brasil y Argentina, se invocó la migración de contingentes de trabajadores europeos, para acelerar cierto desarrollo socioeconómico.

Estas formas de movilidad social, aunque parciales, favorecieron el nacimiento de los partidos políticos y la conformación de frentes intelectuales, que derivaron en la creación de nuevos escenarios

de lucha y de movilizaciones sociales. Mientras, buena parte de los habitantes proseguía en una situación de resistencia ante condiciones de marginalidad y de opresión.

Durante las primeras décadas del siglo XX se fortalecen los Estados nacionales. Se generan nuevos espacios de luchas y avances reivindicativos por parte del movimiento obrero y los intelectuales más progresistas. Estos espacios propician un avance en las libertades civiles y afianzan un progresivo discurso en torno al respeto por los derechos humanos.

Los grupos gobernantes responden con una estrategia dual: por una parte, venden la idea de un estado de bienestar creciente, incrementan las doctrinas de seguridad social y acceden a ciertas reformas puntuales (participación en elecciones, libertad de reunión, movilidad social). Por otro lado, desarrollan las capacidades represivas cada vez a mayor escala (espionaje interno, fuerzas de choque y hasta las ejecuciones selectivas).

En este contexto, en América Latina surgen con fuerza los movimientos estudiantil y obrero. El primero irrumpe en lo que se ha llamado el movimiento de Córdoba (Argentina), base del cogobierno y de la autonomía universitaria, y tuvo resonancia gradual en el resto de las universidades de América Latina. El movimiento obrero, desde referencias disímiles como los partidos políticos europeos, la Revolución soviética y el movimiento anarquista, asume la creación de sindicatos (formas de mitigar el avance del capitalismo brutal) y participa en la creación de nuevos partidos políticos, en unión con otras fuerzas sociales.

Mientras, se agudizaban las tensiones entre diversos sectores sociales. La economía enfatizaba el modelo de exportación y ello se aplicaba tanto en el campo como en la ciudad. En las ciudades crecían las industrias, que requerían cada vez más de personal calificado. En el campo se fortalecían los grandes productores, que absorbían las tierras de los más pequeños, creando un ejército creciente de jornaleros y desplazados. En ambos casos, quedaban

excluidos de la vida económica (y, por ende, política y social) grandes contingentes de la población, que pasaban a sufrir dramáticos cuadros de miseria.

Así, gruesas porciones de desempleados del campo migraron a las ciudades, haciendo crecer los cinturones de miseria. Las tensiones sociales agudas eran insumos tanto para fortalecer a los partidos políticos, cada vez más integrados a los circuitos dominantes de poder, como a ciertos aventureros que decidieron iniciar revoluciones en diversas escalas.

Sugerimos una imagen para visualizar la conformación de nuestras repúblicas. Imaginemos, en el orden internacional y desde las naciones con mayor desarrollo económico y bélico, una espiral creciente. Las grandes empresas, de la mano con poderes políticos y militares, han generado las instituciones y los mecanismos, sometiendo a sus propios pueblos y a los países periféricos. Estas empresas, que para seguir creciendo y consolidándose requieren de materias primas y mano de obra baratas, alargan sus brazos hacia el resto de las naciones, intentando reproducir en ellas el mismo espiral vicioso. La fuerza que mueve el espiral es el llamado libre mercado, una ficción que intenta mostrarse como el modo natural de producción e intercambio de mercancías que se regula por sí mismo, por lo que exige la mínima intervención posible por parte de los Estados.

De acuerdo con esto, naciones como las de América Latina reproducen este espiral. Quienes en ellas detentan el poder económico y político son también los forjadores y sustentadores de las instituciones primordiales de las repúblicas: mineros, hacendados, generales de la Independencia, sacerdotes; y luego se agregan industriales, banqueros y líderes de partidos políticos. Ellos, condicionados por las orientaciones del capital internacional y el modelo de libre mercado en que nos movemos, han constituido hasta ahora el eje de la vida republicana, haciendo que todo lo demás gire en torno a sus intereses: leyes, instituciones, políticas de Estado.

En la medida que el espiral gira, somete y al mismo tiempo empuja afuera al resto de los sectores sociales: campesinos, indígenas, obreros, desempleados. Estos sectores intentan moverse al centro a través de las líneas giratorias, y algunos han de lograrlo, pero la mayoría es excluida sistemáticamente. Mas no se trata solo de mecanismos económicos y políticos de condicionamiento social, sino también de visión del mundo.

El espiral de dominación trae consigo formas de constitución social de los saberes, del lenguaje y del imaginario colectivo, que desembocan en el supuesto de una forma universal de concebir la realidad. De esta forma, las personas sometidas tienden a justificar ese sometimiento como parte del orden natural de las cosas, y a moverse exclusivamente dentro de este.

De este modo, el modelo que marcó las configuraciones sociales en el siglo XX fue la llamada modernidad. Esta es una vía de polarización en el mundo, que tiende a formar enclaves de prosperidad a expensas de amplios cinturones de miseria.

En América Latina, por ejemplo, existen espacios de modernidad con sus técnicos formados en el extranjero, sus pautas de consumo estandarizadas al estilo de las grandes metrópolis norteamericanas y europeas, frente a un mundo caracterizado por miserias y grandes carencias (París Pombo, 1990). La modernidad trajo consigo la idea de progreso creciente, que consiste en que cada vez más tenemos que parecernos a las grandes metrópolis de los países con mayor desarrollo tecnocientífico.

Así, se nos impuso un modelo social único y un sujeto único, que se atribuyó el protagonismo de los procesos históricos: los partidos políticos. Ellos fueron erigidos como expresión de los poderes económicos, políticos y militares dominantes, quienes tenían bajo su control a los movimientos obrero y estudiantil. Se suponía que las sociedades ya habían llegado a su forma definitiva (la democracia representativa, forma externa del capitalismo). Los mecanismos de poder, encarnados en el Estado y en las organizaciones

empresariales, constituían la cúspide de la pirámide, a la cual había que ascender en el marco de las reglas de juego trazadas por los países de mayor desarrollo económico y militar. Y, al parecer, eran los partidos políticos el camino privilegiado para esta toma del poder.

Fuera de esta vía, no era posible concebir la transformación social. Este modelo se mantuvo mucho tiempo, a pesar de intercalarse con golpes de Estado protagonizados por ciertos estamentos del poder militar, efectuados para “mantener el orden”, es decir, para proteger la vulnerabilidad del modelo de quienes luchaban por sus derechos y reivindicaciones.

Solo había, al parecer, un poder único, central, al que habían de llegar tanto los partidos de derecha como los de izquierda. Aquellos, para mantener el *statu quo* y hacer reformas sin cambiar las estructuras sociales de fondo; y estos para conformar desde allí el Estado socialista. De aquí que, a partir del triunfo de la Revolución cubana, diversos países latinoamericanos centraran su estrategia en la toma del poder en el corazón del Estado moderno, desde el cual propiciarían las transformaciones sociales requeridas. La ruptura con estos planteamientos es fundamental para comprender los nuevos movimientos sociales.

El capitalismo entra en una nueva fase llamada globalización. Esta doctrina desigual y polifacética, según Orlando Fals Borda (2007), provino de las altas esferas de poder de Europa y Estados Unidos, es decir, de la fuente generadora de la llamada civilización occidental. Se instala en nuestras sociedades por sus contrapartes nacionales, incluidos los gobernantes de turno que actúan como colonos intelectuales, intentando regir sus acciones por este esquema.

Boaventura de Sousa (2006) nos refiere que a partir del Consenso de Washington se impone en el mundo la lucha por el comercio libre; término tramposo, puesto que solo los países con alto nivel de desarrollo pueden efectuarlo, afianzando una democracia sin

redistribución que supone la preeminencia del libre mercado como regulador de toda la vida social. Así, la globalización no es tal, sino la imposición de un modelo social, económico y cultural, impregnado de los patrones fundantes de la civilización occidental y el capitalismo galopante. Se trata de un pensamiento único y de una política única (Borón, 2006).

Sin embargo, existen factores que han venido a estremecer la concepción colonizada del mundo y sus prácticas concomitantes. Una visión general de la situación nos permite reconocer cómo el modelo competitivo del sistema capitalista se agota, anunciando una amenaza de muerte para todos (Rauber, 2006). Empiezan a presentarse síntomas de una problematización creciente de la concepción de libre mercado, que se manifiesta en las múltiples crisis que recorren el mundo entero. Ello ha agudizado las protestas de ciudadanos insatisfechos en todo el mundo, y ha propiciado plataformas de articulación de luchas, como los Foros Sociales.

Por una parte, en América Latina los “modelos exitosos” de Chile y Argentina se derrumbaron, quebrando la antigua fe en la infalibilidad del mercado. Por otra parte, y aún siguiendo a Borón (2006), se ha profundizado una decepción creciente en los capitalismo democráticos de la región, bajo cuyas miradas empeoran cada vez más las condiciones socioeconómicas de la población. Otro factor importante lo constituye el hecho de que cada vez nos sentimos menos representados por los tradicionales partidos y sindicatos existentes, incluyendo los llamados de izquierda, cuya mayoría aún parece moverse en los esquemas clásicos de la democracia representativa.

Por otra parte, también en las últimas décadas, en América Latina han emergido nuevos actores, nuevas expresiones teóricas y propuestas sociales. Aquí podemos referirnos a Orlando Fals Borda, en Colombia, quien aún tiene mucho que decir sobre la realidad actual y posible en América Latina. Ya en los 60, Fals Borda enriquece nuestra visión y nuestros pasos con la Investigación Acción Participativa, que sitúa al pueblo como creador progresivo del

conocimiento y de la realidad. En los 70, Darcy Ribeiro anuncia que estamos a las puertas de un nuevo modelo civilizatorio, permitiéndonos una mayor visualización de nuestras posibilidades como seres humanos y como pueblos. Enzo Faletto, Osvaldo Sunkel y otros, con la Teoría de la Dependencia, agudizan nuestra mirada crítica para reconocer que la miseria de los países del llamado tercer mundo está relacionada con los mecanismos económicos de producción y distribución impuestos por las grandes potencias.

También, hay propuestas que no solo aportan claridad teórica, sino también formas prácticas de liberación y reconstrucción de espacios sociales. Por ejemplo, Gustavo Gutiérrez, Jon Sobrino y Leonardo Boff, entre otros, desde la Teología de la Liberación nos han señalado como sujetos trascendentes, que hemos de liberarnos progresivamente de las estructuras de opresión (o de pecado), para buscar nuestro pleno desarrollo como seres humanos y partícipes del plan de Dios; desde aquí se generaron y fortalecieron los Comités Eclesiales de Base, que siguen cumpliendo un papel relevante en la educación y organización popular del continente. Autores como Lola Cendales, Julio Barreiro, entre otros, nos hablan de la Educación Popular como esquema y estrategia formativa y también política, que favorece la concientización y la transformación social ligadas a las dimensiones vitales de los seres humanos. Esto ha impulsado un movimiento, aún vivo y palpitante, en espacios sociales de nuestro continente.

Y no podemos dejar por fuera a Paulo Freire, quien construye una propuesta de formación desde lo histórico, agudizando nuestra visión de la realidad hasta dar con los mecanismos de coerción y sometimiento, y ofrece la palabra y la concienciación a los explotados y segregados, para la búsqueda compartida de la liberación.

Finalmente, podemos señalar que cuando la configuración social cierra las oportunidades de crecimiento y desarrollo, y hasta del mantenimiento de la vida, los seres humanos nos abrimos a diversas posibilidades creadoras. Así, desde el mundo de vida de

estos sectores sometidos y a la vez excluidos concurre una diversidad de actores, que va creando el terreno propicio para el surgimiento y afianzamiento de los nuevos movimientos sociales.

Es posible leer en la historia los hitos fundamentales de los movimientos originarios (levantamientos indígenas, conformación de cumbes y quilombos, juntas patrióticas, sindicatos, movimientos) y construir desde allí aprendizajes sociales que nos constituyan como pueblos y como creadores de sociedades. También ha sido posible nutrirnos de toda la producción latinoamericana, que asume lo ancestral, la creación artística, la producción teórica propia, para alimentar el hecho de que nos constituyamos en sujetos de nuestros conocimientos, de nuestras prácticas vitales y, en fin, de nuestra historia.

Ya no se trata de asumir el espiral dominante, ni de tratar de llegar a su centro para configurar, desde allí, las nuevas repúblicas. Ahora se trata de construir ensayos utópicos (en el mejor sentido de la palabra), desde espacios al margen, creando múltiples espirales que apunten nuestro desarrollo humano pleno; hecho que inevitablemente ha de estremecer los poderes y las institucionalidades dominantes.

Un intento de caracterización de los nuevos movimientos sociales

Raúl Zibechi (2004) sugiere un enfoque para visualizar la acción, el sentir y el pensar de esos colectivos organizados que han logrado conquistar “pequeños” espacios en el marco de la totalidad social. ¿Por qué no mirarlos desde la totalidad social, cuya reconfiguración interna y externa ha abierto la posibilidad de abrir nuevos cauces de convivencia y de existencia pública? Los oprimidos, en el fragor de las luchas sociales aseguran su supervivencia material y espiritual, estableciendo para ello tejidos sociales, que ante el declive del poder hegemónico configura espacios sociales inéditos (Zibechi, 2007).

En otras palabras: estas vivencias colectivas no se agotan en lo reivindicativo, sino que abren nuevas constelaciones existenciales cargadas de futuro. Desde la inmediatez de lo reivindicativo han de irse construyendo colectivamente espacios y problemáticas más amplias y abarcadoras, articulando las luchas sectoriales con la transformación de la sociedad (Rauber, 2006).

Por ende, los movimientos sociales, entrelazados, casi silenciosamente pueden redefinir el rumbo de la sociedad. En este caso, los movimientos sociales abrirían un momento anticipatorio de un amanecer social, que a falta de un nombre mejor pudiera denominarse un nuevo estadio civilizatorio. En todo caso, se trata de espacios humanos de relación, donde se vivencian identidades específicas, de una enorme riqueza que aún parece contrastar con una orfandad teórica.

Los movimientos sociales, sin ser un fenómeno nuevo, han venido tomando mayor relevancia en la actualidad. No solo se consideran salidas locales, inmediatas a situaciones de crisis, sino espacios dinámicos con tendencia a consolidarse, incluso a incidir en la marcha global de la sociedad. En el caso de América Latina, movimientos tales como los zapatistas (México), los Barrios de Pie (Argentina), los Sin Tierra (Brasil), los Consejos Comunales (Venezuela), el movimiento indígena (Ecuador, Bolivia), entre otros, mantienen definiciones explícitas de su propia identidad, que apuntan a la reorganización de las relaciones sociales.

Antes, tal vez convenga recordar que los llamados nuevos movimientos sociales no pueden desarrollarse sin grandes tensiones sociales. Su existencia y fortalecimiento suponen de entrada agudos conflictos entre fuerzas sociales cuya resolución implica transformaciones profundas en el orden existente. Los movimientos sociales, en sí mismos, se oponen a las fuerzas dominantes encarnadas en empresas transnacionales, aliadas con un poder militar con excesivo desarrollo tecnológico.

Estas fuerzas sociales dominantes suponen que la sociedad es un campo de batalla donde sobrevive el más apto, siendo el capital el mayor indicador de éxito. De aquí que tales fuerzas, desde una plataforma comunicacional mundializada, defiendan el libre mercado, la eliminación de los controles al capital, que favorecen el individualismo y la competencia atroz. Esto se mira, desde los movimientos sociales, como la raíz de situaciones extendidas de opresión, injusticia, inequidad, que mantiene en la miseria a grandes porciones de la población mundial.

En tal sentido, nos proponemos a continuación una aproximación ontológica a los movimientos sociales, es decir, una indagación sobre el ser de tales movimientos. No nos cansamos de repetir que se trata de un estudio provisional, que requiere de ulteriores correcciones y seguramente de superaciones y replanteamientos. En este momento tomaremos tres principios: el principio de identidad (cómo se definen a sí mismos), el principio de oposición (contra qué luchan) y, en menor grado, el principio de totalidad (superación de la antinomia identidad-oposición) (Doise, 1991).

De entrada, tenemos que decir que la identidad de los movimientos sociales jamás será algo terminado, definitivo. Este sujeto social permanentemente se autoconstituye en el proceso mismo de lucha por autoperpetuarse, por lograr reivindicaciones concretas y apuntar a una visión global de sociedad (Rauber, 2006). Podemos extrapolar la visión del mundo aimara, propuesta por Zibechi (2007), a los movimientos sociales. En tal sentido, hablamos de una organización integrada a la vida cotidiana que es en sí acción insurreccional, con una escasa división del trabajo, donde el propio colectivo da y ejecuta las órdenes. Estos movimientos sociales, según Theotonio Dos Santos (2006), alimentados por las fuerzas sociales emergentes (movimientos de género, indígenas, negros, defensores del ambiente, entre otros), inician luchas reivindicativas que luego han pasado a constituir un proyecto político-cultural que apunta a

un nuevo proceso de civilización pluralista, realmente planetario, posracista, poscolonial y probablemente posmoderno.

Los movimientos latinoamericanos están constituidos por comunidades vinculadas con la naturaleza como medio y sentido de vida (por ejemplo indígenas, campesinos), experiencias locales urbanas (organizaciones comunitarias, propuestas artísticas), modos de acceder o reinventar el trabajo (movimientos de trabajadores), reivindicación de etnias y de identidades ancestrales (indígenas, afrodescendientes), reafirmación de género y de libertad sexual (movimientos feministas y de diversidad sexual).

No sobra decir que estos movimientos no se manifiestan químicamente puros, sino que se combinan e integran entre sí. Finalmente, conviene tener cuidado con la peligrosa frontera entre las acciones de construcción de nuevas formas de sociedad, y tendencias inicialmente utópicas, que desembocaron en prácticas destructivas, como el Sendero Luminoso y las guerrillas narcotraficantes.

Podríamos ver entonces los movimientos sociales como conjuntos de personas que, como colectivos organizados, inventan y asumen acciones que en sí mismas se integran en diversos ámbitos (económico-social-cultural-ancestral-político). En el despliegue de estas acciones se favorecen las situaciones de encuentro, intercambio e integración social. Ello supone que, como seres humanos, todos somos iguales ante la ley y ante Dios, tenemos las mismas posibilidades y las mismas oportunidades. La naturaleza y la forma como nos relacionamos, y no las propiedades adquiridas, definen lo que somos. La sociedad es, en consecuencia, una configuración de personas-colectivos interconectados entre sí. Cada colectivo, en relación con los otros desde sus ámbitos específicos, imprime dirección y sus propios rasgos a la vida social.

Desde lo anterior, enfatizamos que el ser de estos movimientos sociales apunta a concebir al ser humano como un *ser en relación*, más que como un ente individual. La categoría de relación es primordial está en el ser y el hacer de los movimientos, sin que ello

implique la supresión de las iniciativas y los intereses personales. Esto implica la preeminencia de valores tales como la solidaridad, la cooperación, en contraposición con el individualismo competitivo de la filosofía económica occidental.

Desde su quehacer cotidiano los movimientos generan una concepción del mundo, donde se favorecen la relación solidaria entre seres humanos, la diversidad, la autoorganización y, sobre todo, el amor. Por ejemplo, Pineda Ramírez (2004) señala que para el movimiento zapatista la búsqueda fundamental es el amor. Este movimiento habla de la verdad múltiple, y esboza lemas aparentemente contradictorios, tales como “mandar obedeciendo” y “caminar preguntando”.

De este modo, la sociedad con toda su complejidad y su diversidad se convierte en un espacio de relación entre seres humanos, donde se da preeminencia a la vida cooperativa y solidaria. Esto no significa que en estos sectores no se presenten las rivalidades, vicios y conflictos, mas se trata de prácticas que hay que superar más temprano que tarde. Y, en esta sociedad, la política pasa a ser un juego donde todos participamos a diversos niveles. No existe una clase o un sector social privilegiado, de donde deban surgir los líderes sociales. El liderazgo es una condición de los diversos grupos humanos, y los dirigentes de tales grupos han de “obedecer” a tal condición. La medida del liderazgo está en la coordinación de fuerzas para obtener logros que beneficien a tales colectivos, así como a aquellos que ayuden a la estabilidad y crecimiento de todos.

La libertad, en esta concepción, apunta a una búsqueda compartida de generar permanentemente las mejores condiciones posibles para la cooperación y la horizontalidad en las relaciones sociales, con respeto a la naturaleza y a la totalidad de los seres vivos. Es tarea de los gobiernos, entonces, fomentar y respaldar esa creación de condiciones sociales para la cooperación, para la relación dialógica, para el fomento de la economía comunitaria, disminuyendo de ese modo la carga de privilegios que hace que unas personas exploten

a otras. La libertad no se da desde lo individual, sino desde la acción relacional entre seres humanos, y entre estos y la naturaleza. Solo se puede buscar beneficios personales, buscando al mismo tiempo beneficios para todos.

Otra característica de estos movimientos es la búsqueda de integración de acciones diferentes pero necesarias, tales como, en palabras de Rubén de la Torriente (2004): “la autoorganización (acción hacia adentro) y la lucha y la denuncia cotidiana (acción hacia fuera)”. Según nuestra experiencia y nuestros conocimientos, la identidad de los movimientos sociales es fuerte, expansiva, y creemos que se aleja de posibles búsquedas referidas por París Pombo (1990) de configurar identidades restringidas, ante la debilidad y poca permanencia de identidades sociales más amplias y permanentes.

Capítulo 2 APUNTES PARA UNA GÉNESIS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN VENEZUELA

Breve viaje en el tiempo

Durante el siglo XX hubo intensas polémicas sobre el origen de nuestro pueblo americano. ¿Provenía de viajeros que atravesaron el estrecho de Bering? ¿O nació por estas tierras, como lo señalara el rioplatense Florentino Ameghino?

Lo cierto es que al momento de la invasión española, ya existían desde hacía siglos civilizaciones y pueblos a lo largo de la América toda. Es decir, ya en nuestras tierras había pueblo, sociedad y cultura. El Imperio español inició en nuestra tierra la búsqueda de nuevas fuentes de riqueza, desarrollando una sistemática destrucción tanto de vidas humanas, como de tejidos socioculturales de distintos pueblos de nuestro continente. Claro que hubo aportes para la configuración social que tenemos hoy día, sobre la base de la sangre y la mutilación colectiva. Y también hubo resistencia a este proceso hegemónico.

Mas el proceso de colonización generó resistencias por parte de las poblaciones a las que se intentaba someter o eliminar. Los indígenas (habitantes autóctonos de esta tierra) y los negros (traídos como esclavos desde otros continentes) se rebelaron contra esta ineluctablemente opresión. Lo hicieron mediante enfrentamientos bélicos, o escapando y forjando nuevas propuestas sociales. Así, estos grupos humanos iniciaron acciones sistemáticas con un doble sentido: resistir los intentos de sometimiento y etnocidio, y construir nuevas

propuestas de generación de espacios sociales inéditos en los territorios libres.

En Venezuela, especialmente, esta resistencia se manifestó en la llamada Guerra de la Independencia. Esta se desarrolló sobre la base del sueño de lograr una república democrática, con equilibrio de poderes. No obstante, ese sueño fue traicionado. Terminada la guerra contra España, Estados Unidos interviene en el país (Pividal, 2006) y, aliado con los poderes económicos y políticos locales, produce un reacomodo del poder existente (propietarios de haciendas), con un nuevo poder (los jefes militares que reclamaban tierras y propiedades). Esta nueva alianza ejerce una violencia sistemática sobre el resto de la población (negra, zamba, india) que, por cierto, también participó en la Guerra de la Independencia.

Sin embargo, hubo oposición a estas pretensiones. Bolívar, máximo líder de la Independencia, erigió su tesis de la unidad de las naciones latinoamericanas para consolidarse y resistir los embates de las grandes potencias. No obstante, la nueva y la vieja oligarquía, con sus tendencias separatistas, persiguieron y acorralaron al Libertador. Bolívar, sintiendo que había arado en el mar, muere perseguido, derrotado, enfermo. Y el sueño de la Unión de las Repúblicas parece también morir con él. No obstante, sus palabras aún iluminan nuestros caminos colectivos.

Muerto Bolívar, Simón Rodríguez prosigue solitario una titánica labor de contrainsurgencia. En la obra *Sociedades americanas* (1828), Rodríguez señala que los seres humanos buscamos la sociabilidad mediante el ejercicio de las luces y las virtudes en las escuelas. Por lo tanto, hay que sembrar escuelas en todas partes. La verdadera autoridad se forja no desde los poderes establecidos, sino desde la educación, porque educar es crear voluntades. Solo que para Rodríguez, las escuelas son algo diferente de lo convencional. Ellas tienen que dar cabida, principalmente, al pueblo hasta ahora excluido (indios, mulatos, zambos), no por lástima, sino porque solo se puede colonizar la república con sus propios habitantes.

En *Extracto de la obra educación republicana* (1849), Rodríguez deja claro que hay que satisfacer las necesidades básicas de los estudiantes, estableciendo para ello medios apropiados. Así, a la par del desarrollo educativo (escuelas), hay que desarrollar los medios de producción: industria, comercio, banco, crédito público.

La educación ha de desarrollar en niños y adultos habilidades para calcular, pensar, hablar, escribir y leer, habitando en casas ordenadas y limpias. Esto ocurre mientras los aprendices cultivan un oficio (albañilería, herrería, carpintería), y las niñas “oficios propios de su sexo”. Para ello, los gobiernos deben asignarles (con carácter retributivo) tierras y talleres. El trabajo, bajo la orientación de maestros y directores, propicia el desarrollo colectivo de hábitos sanos y valores sociales.

Sobre estas bases, los habitantes de las naciones van conformando sociedades económicas, con ejercicios útiles y aspiración fundada a la propiedad. Estas sociedades tendrán carácter autónomo, permitiendo consolidar en todos los lugares “un sistema económico de producción controlada y una modalidad de colonización de la tierra”.

Queremos pensar que el proyecto de creación de la república, planteado por Simón Rodríguez, es aún un reto para nosotros. Las cimarroneras se crearon a sí mismas como espacios de libertad y de construcción social, a riesgo de las propias vidas de sus protagonistas. En su proyecto, el Maestro colocó a esos mismos protagonistas: indios, negros, mulatos, pardos, como los creadores fundamentales de las nuevas sociedades americanas.

Desde su posición de excluidos sociales, plenos de ingentes necesidades y con ansias de participar y aprender, y con una mentalidad más libre de los dictámenes norteamericanos y europeos, estos sujetos sociales eran los llamados a crear las nuevas repúblicas. Claro que quienes entonces detentaban el poder no lo iban a permitir. Nuevamente, el pueblo fue traicionado y excluido. El nuevo poder se

instaló en las cúpulas políticas y económicas del país, orientando los procesos sociales según sus intereses y conveniencias.

Un nuevo intento de protagonismo del pueblo fue encarnado en el liderazgo social y militar de Ezequiel Zamora, proceso que fue tronchado tras su prematura muerte. Los ideales populares de “Tierra y Libertad”, que sustentaron la Guerra Federal, quedaron conculcados. Con el ascenso al poder político de Antonio Guzmán Blanco, la influencia cultural y económica europea consolidó el poder oligárquico en el país.

Tampoco fue posible la reivindicación de lo popular con la toma del poder de la generación postgomecista. Las reformas burguesas, imbricadas con las fuerzas vivas de Estados Unidos, ayudaron a consolidar nuevos factores de poder (los partidos políticos). Esto, si bien abrió brechas para el ascenso económico social de algunos, constituyó para la mayoría la tercera derrota del proyecto republicano.

Así, entre la segunda y tercera década del siglo pasado, los países de mayor desarrollo capitalista entran en crisis. La ruptura de la sujeción al patrón oro provocó un desajuste que derribó las operaciones bursátiles y produjo amplias franjas de miseria y desempleo. Ello generó posibilidades de fortalecer el movimiento sindical en países como Estados Unidos, y en los europeos. Desde allí, el capitalismo se hace más agresivo y trata de asimilar para sí todos los mercados posibles, implantando la religión del consumo creciente. Es cuando se afianza lo que hoy llamamos la estrategia imperialista, donde se intenta reproducir el modelo social modernizante en todos los países.

En el caso de Venezuela, ya desde los años 20 del siglo pasado los empresarios presionan al gobierno para que el país se incorpore al proceso de afianzamiento de los mercados mundiales. Esto disparó en el país un camino de reconfiguración económica, social y cultural que se arrastró hasta finales de siglo.

En consecuencia, se fue diversificando la plataforma económica del país, generándose circuitos económicos de diversas formas y a diversos niveles, lo que vino a complejizar las estructuras estatales

y los espacios de la sociedad civil. Es lo que algunos han llamado la verdadera entrada del país en el siglo XX. De ese modo, si bien florecieron empresas de diversas formas y tamaños y se abrió una mayor movilidad social, el espiral modernizador propició también excluidos y marginados de las actuales estructuras.

Consecuente con esto, la apertura del aparato educativo no iba de la mano con la proliferación de oportunidades de ascenso social para las mayorías. Desde las universidades, la reflexión crítica desnudaba un país sumido en graves contradicciones internas, bajo fuertes cargas de inequidad e injusticia. Este fue un factor fundamental para que en los 60 ciertos grupos de estudiantes, obreros e intelectuales, bajo el modelo de la experiencia cubana, intentaran tomar el poder por la vía de las armas. Mas este camino no fue respaldado por el grueso de la población.

No obstante la derrota de las guerrillas, el discurso transformador se bifurcó en dos tendencias radicales: una, liderizada por las clases medias, que señalaba la necesidad de abrir y sustentar nuevos espacios sociales de participación dentro de las estructuras socioeconómicas dominantes; y otra, que defendía la necesidad de transformación profunda del sistema capitalista y un reordenamiento de las estructuras de poder existentes.

En esta bifurcación del discurso en los 80 y 90, a la par con la decadencia de los partidos políticos tradicionales, surgen y se afianzan movimientos sociales significativos: movimientos gremiales, abastecimiento y servicio popular; las cooperativas, las organizaciones vecinales y ecológicas, las comunidades eclesiales de base, el movimiento indigenista, de defensa de los derechos humanos, y movimientos de profesionales (Gómez Calcaño, 1987). A pesar de las tendencias ideológicas y de ubicación social, se detectan alianzas entre sectores de clases medias y populares, pero también hay polarización y diferenciación estratégica.

No obstante, estos movimientos sociales, si bien libraron luchas importantes y efectuaron encuentros e intercambios relevantes, no

lograron articularse y coordinarse lo suficiente entre sí para conformar un verdadero movimiento nacional. La presión de diversos partidos políticos, de derecha y de izquierda extrema, contribuyó a magnificar las grietas y los desencuentros. Finalmente, la caída del llamado socialismo real y la arremetida de Estados Unidos desde lo económico-militar, trajo a finales del siglo XX una gran pérdida de fe y esperanza en los movimientos sociales existentes, minimizándose gran parte de ellos.

Con eventos tales como el llamado Caracazo, en 1989, cuando múltiples sectores tomaron las calles en reacción contra las políticas neoliberales del gobierno de Carlos Andrés Pérez, y el fallido intento de golpe del hoy presidente Hugo Chávez, estos movimientos ya debilitados se desdibujaron aún más (Fermín, 2007). Entonces empieza a cobrar una fuerza inusitada, desbordante, la figura de Chávez, que impregna el imaginario político y social del país. Esta imagen ha sido tan poderosa, que muchos la asumen para definir qué muere y qué sobrevive en el espectro sociopolítico de la nación. Así, lo que está presente en la mirada y palabra del hoy Presidente parece ser lo que existe y tiene valor.

De ese modo, desde que asumió la presidencia, Chávez ha proclamado la organización de los colectivos populares, en el sentido de reconstruir el tejido social y organizativo de la población, especialmente en lo que respecta al liderazgo del proceso revolucionario. Por otra parte, las organizaciones y los partidos que le acompañan en roles ejecutivos, en general, no parecen representar este propósito (Fermín, 2007).

Finalmente, llegamos a la primera década del siglo XXI en Venezuela. Hay una coyuntura y situaciones nuevas para los movimientos sociales:

1. Es el propio gobierno quien habla de revolución. Y son los factores de poder tradicionales (políticos, económicos, religiosos), aun los incluidos en el gobierno, los que hacen resistencia. Y si

bien muchos agentes gubernamentales actúan como burócratas, o como nuevos oligarcas, a nivel de las organizaciones populares florecen acciones y reflexiones inéditas para la transformación del país.

2. Si bien Estados Unidos constituye temporalmente un poder monolítico, universal, desde lo militar y lo mediático, en el mundo se observa que ha aminorado su influencia, mientras se van afianzando desde la base popular los movimientos sociales, portadores de utopías constructivas.
3. Con la revolución venezolana se mueve en todos los espacios sociales abundante literatura en torno a lo político, lo social, lo cultural, lo económico. Por otra parte, se hacen intentos por revitalizar los saberes ancestrales, lo que nos transporta a nuevas dimensiones de identidad, saber y espiritualidad. Estas reflexiones enriquecen las posibilidades de acción colectiva, anunciando nuevas primaveras.

En este punto, parece necesario observar el marco de la coyuntura actual del país, para considerar cómo se orientan en él los movimientos sociales.

Capítulo 3

COYUNTURA EN VENEZUELA Y EL PAPEL DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Para visualizar el papel de los movimientos sociales hoy día, conviene caracterizar la coyuntura de la Venezuela actual. Empezaremos refiriéndonos al movimiento bolivariano que se genera y se sustenta a partir de la figura, las acciones y las palabras de Hugo Chávez. Aunque conviene decirlo, no es un asunto personal sino un sentir, un pensar y un prever compartidos. En otras palabras, se trata de una representación del imaginario colectivo venezolano, que se encarna momentáneamente en una persona. Luego iremos más a fondo, destacando las principales contradicciones que vive la Venezuela de hoy.

El llamado movimiento bolivariano no es algo exclusivamente político, aunque su existencia depende de que se asuman progresivamente espacios de poder en la complejidad social. Se trata de un movimiento cultural, en el sentido más amplio del término. Abarca la definición de quiénes somos, de nuestras representaciones del mundo y de la sociedad. Este movimiento integra elementos que, por ciertas concepciones neoliberales extremas, fueron arrebatados de la vida pública en las últimas décadas:

- a) La historia nacional, es decir, la memoria cultural de la nación, con el arquetipo de héroe (Bolívar, Guaicaipuro) y de gesta constructora de la nación que resuena en nuestro inconsciente colectivo.

b) La utopía igualitaria (todos somos iguales ante Dios y la ley), que ha venido siendo aplastada por estructuras sociales injustas.

c) La reivindicación del pobre (noción muy lejana a la idealización de la pobreza), que supone las situaciones de carencia y explotación donde nos miramos los humanos y generamos alianzas (cooperativas, asociaciones) en la búsqueda de un mundo mejor.

Estos elementos conforman un cuerpo de principios presentes en el actual desarrollo de las nuevas fuerzas sociales: la lectura de la historia como acción cotidiana en la que podemos identificarnos como sujeto social para la creación del presente y del futuro, la generación de nuevas formas sociales caracterizadas por la solidaridad, el compartir, y la pobreza como ámbito de encuentro para la búsqueda de nuevas y mejores formas de vida.

Lo anterior trae necesariamente la idea de que, más que estrategias políticas, se trata de *ensayar nuevas formas de vida y de ser en sociedad*: generación del pensamiento, de la vivencia, del sentimiento y de la práctica de acciones, en relación con otros seres humanos. Ello no significa que se olvidan los propósitos políticos propiamente dichos, puesto que actualmente esa es la plataforma en la que se apoya el movimiento como tal.

Por tratarse de un movimiento histórico-cultural (incluido lo político), queremos suponer un proceso de creación permanente del mundo y de nosotros mismos. Es decir, las formas de vida que se inician jamás son definitivas, pueden transformarse e incluso ser sustituidas por otras mejores. Ello implica que no hay dogmas (aunque sí un cuerpo de principios relacionados con lo antes expuesto).

Este proceso colectivo de construcción social supone un estado de cosas que se apoya, y otro al que hay que oponerse. Este estado de cosas que se ha de negar tiene que ver con ideas y estructuras predominantes en el mundo actual: neoliberalismo, globalización,

imperialismo. Estos elementos suponen, en sí, la preeminencia de unos seres humanos sobre otros, la apropiación de la riqueza por unos y la opresión de los demás. En otras palabras, ampara estadios sociales caracterizados por situaciones excluyentes, plenas de injusticia y de inequidad en el mundo, que contradicen el cuerpo principista (explícito o implícito) presente en el movimiento: horizontalidad, equidad, integración.

Si bien una de las denominaciones más populares de este movimiento es el chavismo, este término es en sí mismo insuficiente para caracterizarlo. No se trata de la presencia y el discurso de una sola persona –ya lo referimos–, sino de procesos antiguos y contemporáneos, que muchas veces, de modo subterráneo, han venido ocurriendo, involucrando acciones alternativas y prefiguración de nuevas visiones de la sociedad. Y aquí es necesario aclarar que en ningún momento se quiere desmerecer el liderazgo y la relevancia de la acción y el discurso del Presidente en la potenciación de este movimiento. El llamado chavismo es un punto de partida que requiere de mayor profundización y sistematización, hasta la creación de nuevas teorías, nuevos esquemas de acción, acompañados de las formas organizativas necesarias.

Contradicciones en la coyuntura venezolana actual

La reflexión que sigue, compartida entre personas de diversos movimientos sociales, intenta mostrar la difícil encrucijada que vivimos hoy en Venezuela. Tenemos oportunidad de dar un salto hacia un nuevo nivel de socialización, donde seamos protagonistas de nuestras vidas, mientras afianzamos ambientes de equidad, solidaridad y justicia. O podemos virar repentinamente hacia estadios de capitalismo voraz o de socialismo burocrático.

Es decir, el camino que escojamos ahora, donde pongamos el énfasis, nos ubicará en el tipo de sociedad que tendremos en el futuro. Los medios y las formas que asumamos desde ahora, más

que los discursos y las buenas intenciones, serán los que marquen el rumbo.

Se trata de asumir procesos complejos, difíciles. Hay que tomar decisiones vitales, urgentes, inaplazables, en un entorno de alta incertidumbre, cuando no están claros los puntos de partida (un orden que se disuelve) ni los puntos de llegada (un orden que se construye en medio de la contingencia). Por esto, lo más saludable para todos es abrir al máximo posibilidades de expresión y canales de reflexión, convocando a todos los actores sociales posibles, y tratar de ver siempre la totalidad sin perder los detalles, y viceversa.

Ni una persona ni un grupo pueden hacerlo solos, por eso lo que conviene es escuchar reflexivamente todos los planteamientos y todas las ideas. De la proliferación de espacios de reflexión compartida se irá avanzando en un ejercicio crítico plural, que marcará los hitos del camino por recorrer.

Miremos lo que consideramos que son las principales manifestaciones de esta encrucijada:

1. Existe una contradicción entre las políticas de Estado y el comportamiento de los funcionarios públicos (no todos, por supuesto). Con apoyo constitucional, en el país se han formulado políticas claras que impulsan la participación y el protagonismo social. Se han construido leyes que amparan la organización colectiva (cooperativas, consejos locales de planificación pública, consejos comunales, Ley Orgánica de Educación) y le dan espacio y sentido en el marco de esta sociedad en tránsito. Por otra parte, existen programas (las misiones, en toda su diversidad) creados puertas afuera de la tradicional burocracia y las mafias que operan dentro de la administración pública, en una búsqueda de alternativas al quehacer institucional. Han proliferado organizaciones de este tipo en muchas partes del país; no obstante, en el poder constituido se han venido afianzando (ministerios, gobernaciones, alcaldías, la misma Asamblea Nacional)

antiguas prácticas y modos de ejercer el poder, donde predominan la burocracia, el autoritarismo y la exclusión. En ocasiones, el poder constituido apoya hechos de corrupción, llegando también a practicar la destrucción ambiental. El cuerpo jurídico predominante, que preexiste al gobierno actual, aún ampara el antiguo estado de cosas. Una consecuencia directa de esto puede ser la consolidación de una nueva y privilegiada élite socioeconómica, que pondrá en jaque los intentos de consolidar la revolución.

2. Otro punto de encrucijada lo encontramos en las fuerzas contradictorias presentes en el modelo socioeconómico donde nos movemos. Se dice que buscamos el socialismo del siglo XXI, mientras vivimos y respiramos el capitalismo neoliberal. La estructura del Estado se mantiene intacta, con todos sus vicios y vacíos. Los planes de la nación, oportunamente, procuran capitalizar los recursos provenientes del petróleo y aplicarlos a la consolidación de una estructura industrial firme, que sustente el avance del país. Esto no es nada execrable si de lo que se trata es de dar sustento a un nuevo modelo productivo. No obstante, ello puede contribuir en el afianzamiento del capitalismo predominante, más aún cuando estamos rodeados de países que hablan de socialismo y sueñan capitalismo. Aún nos queda lejos, en Venezuela, la posibilidad de diversificar las fuentes de producción que nos harían transitar un camino diferente del rentismo petrolero, y la acción efectiva para organizarnos colectivamente en el camino de tomar en nuestras manos (las de todos) la economía en todas sus manifestaciones. El desarrollo endógeno, hasta ahora, no ha dejado de ser una declaración de buenas intenciones. El socialismo quedará solo en el discurso, mientras no aprendamos a producir y a distribuir riqueza desde la solidaridad, desde el respeto a lo ambiental, con los ojos en lo particular y la mente en la transformación global del planeta. Esto implica privilegiar el saber hacer en la conformación de sociedades

económicas (el sueño de Simón Rodríguez), en todos los aspectos de la vida cotidiana, que nos hagan libres, independientes, auto-determinados, a la vez que cooperantes en la construcción del nuevo mundo.

3. El tercer punto en la referida encrucijada es un asunto de la mayor importancia. Tiene que ver con la contradicción entre el tiempo largo que una revolución requiere para ser creada y soportada, con el fin de generar y consolidar el piso que sustentará el verdadero poder popular, y las estrategias y estructuras que se han de desarrollar para la consolidación del poder político. En otras palabras, al Estado revolucionario le toca abrir todos los cauces posibles de participación y protagonismo social, mientras va creando o consolidando estrategias y estructuras para consolidar el poder y defenderse de los enemigos. Y esto es algo muy complicado, puesto que esta actitud defensiva puede imponerse a las acciones constructivas, haciendo que las estructuras creadas “desde arriba” puedan terminar anulando la participación protagónica de los colectivos organizados. Esto se manifiesta, por ejemplo, en la percepción que tienen muchos actores sociales del comportamiento de los partidos políticos que apoyan a Chávez: estas estructuras, según un número significativo de actores sociales, han volcado su trabajo hacia los grandes medios de difusión (por lo que en algunos lugares los llaman revolucionarios mediáticos), mientras intentan intervenir en las comunidades, relegando o atacando a las organizaciones allí existentes, muchas de las cuales surgieron aun antes de que Chávez fuera presidente. Esas estructuras políticas, desde la óptica de las comunidades organizadas, replican la burocracia y la verticalidad de los partidos tradicionales de la IV República. Así, lograron imponer sus candidatos en las elecciones de alcaldes y concejales, y en las de la Asamblea Nacional, dejando fuera a auténticos y comprometidos líderes revolucionarios. Otro

ejemplo es la situación creada a partir de la orden del presidente de crear el Partido Socialista Unido de Venezuela, que aún se debate entre el fortalecimiento de una maquinaria interna y la intencionalidad explícita de pertinencia social.

Nunca será suficiente repetir que los cambios sociales jamás son inmediatos, ni fáciles, ni lineales. La existencia de contradicciones y puntos cruciales en el proceso venezolano, lejos de hacernos transitar el pesimismo, nos impulsa a profundizar en la lucha, reflexión por delante. El futuro del país depende de las fuerzas predominantes y de dónde pongamos los énfasis. Si los mercaderes de la revolución enfatizan el modelo social desarrollista y la verticalidad burocrática que lo sustenta, y así lo asumimos, ese será nuestro futuro. Pero, ¿no depende eso de cómo nos concibamos a nosotros mismos los movimientos sociales, y cuál papel asumamos en este proceso?

Otra forma de ver la coyuntura venezolana actual es a través de las lógicas que, consideramos, están presentes en el quehacer del país.

Venezuela en tres lógicas

Los movimientos y las organizaciones sociales venezolanas permanentemente reflexionamos y accionamos sobre diversos problemas, tales como:

- Los internos, es decir, los que surgen cuando intentamos definir el significado social de las organizaciones populares, sus alcances y sus roles en el contexto donde habitamos.
- Los que surgen de las relaciones con entes gubernamentales, que usualmente devienen en una lucha porque no nos excluyan o nos anulen, desde las dinámicas institucionales.

- Y los que surgen de nuestros intentos por articularnos con otros movimientos, para afianzarnos como fuente de un poder popular que condicione el accionar del poder constituido.

Las reflexiones sobre estos elementos nos asoman a tres lógicas, que coexisten y con frecuencia se contraponen entre sí. Estas lógicas son:

- a) la del capital,
- b) la del poder alterno y
- c) la del poder constituyente.

La lógica del capital

Es la más nombrada, no por ello la mejor conocida. Está sustentada por los mensajes de los grandes empresarios, amplificadas por los principales medios de difusión del planeta. Esta lógica supone que el mercado impone sus leyes en todo lo que hacemos los seres humanos. Así, se supone que lo mejor que podemos hacer es tratar de obtener la mayor rentabilidad posible del uso del capital, lo que hace que nos convirtamos en meros instrumentos económicos.

Esta lógica no solo rodea y tiende a asfixiar la Revolución venezolana, sino que la impregna en gran medida. Está presente en las negociaciones internacionales en torno al petróleo; en los planes nacionales, que incluyen aspectos tales como los bonos de Pdvs y proyectos visionarios como el Banco del Sur. Esto se comprende por cuanto el país tiene que ajustarse a esta lógica capitalista para estar presente en el quehacer político y económico del mundo, y para asegurar recursos que sustenten sus proyectos.

La lógica del capital también está presente en las instituciones oficiales, en el modo como funcionan hacia adentro y se articulan entre sí. Ello se manifiesta en que fundamentan sus planes y sus resultados en términos de menor costo-mayor beneficio, y en la búsqueda permanente de cifras y números para fundamentar

los procedimientos. Por otra parte, esta lógica es fuente de efectos perversos, tales como la corrupción, la malversación de fondos, y los privilegios de clase. Lo curioso y lo interesante es que esta lógica, necesaria para la supervivencia del país y como base para las transformaciones planteadas, debe albergar en su interior una lógica diferente: La lógica del poder político alterno.

La lógica del poder político alterno

Está protagonizada por los agentes políticos, como el propio presidente Chávez. Hablamos de alterno, por cuanto el discurso oficial se refiere a que hemos de asumir un sistema socialista, diferente del sistema alentado por la lógica del capital.

Para construir un sistema alterno, la política bolivariana requiere afianzarse, copando del modo más rápido posible todos los espacios sociales y políticos (gerencia pública, gremios, estudiantes, entre otros). La edificación de un sistema socialista requiere construir formas de poder que puedan contrarrestar la ofensiva del capitalismo internacional y nacional, y al mismo tiempo crear los rasgos propios del estadio buscado. De aquí la urgencia por crear organismos que luego van quedando atrás (las unidades de batalla electoral, los círculos bolivarianos, entre otros), y de crear la mayor cantidad posible, en tiempo breve, de consejos comunales.

Esta lógica, que alterna el movimiento ofensivo-defensivo, si bien va constituyendo discursos, acciones y ámbitos organizacionales prestos al cambio, también puede generar algunos inconvenientes: uno, que la presión por el cambio, a cargo de personas políticamente limitadas, o simplemente ambiciosas y hasta corruptas, va dejando de lado o atropellando personas y organizaciones de base que han desarrollado un trabajo local y regional significativo. Otro, que el proceso tiene que valerse de organizaciones burocráticas, verticales y fuertemente ceñidas a la lógica del capital, y desde allí crear organizaciones autónomas, democráticas, con pertinencia social y que prefiguren un sistema social alterno. Es como pedir peras al olmo.

Así, las estructuras políticas, sustentadas en la lógica del poder alterno, en su afán por crear rápidamente un poder ofensivo-defensivo, sumado esto a la lucha por el poder personal y grupal, enfatizan el control y la uniformidad por encima de la participación plena y la diversidad. Finalmente, otro factor importante a considerar es que este proceso que busca afianzar la lógica del poder alterno, paradójicamente está soportado por el capital derivado de los excedentes petroleros y la recaudación de impuestos, es decir, se soporta en última instancia en la lógica del capital. Ello obliga a plantearse la urgencia de asumir colectivamente la búsqueda de otros modos de ensayar la producción y distribución de riqueza social, para cimentar la revolución. Esta lógica, emanada del poder construido, se enfrenta a otra lógica, la del poder constituyente.

La lógica del Poder Constituyente

Es liderada por las personas que habitamos los movimientos y organizaciones sociales. Enfatizamos la diferencia entre poder constituyente (el pueblo en todos sus sentidos) y el poder constituido (las instituciones existentes). La lógica del Poder Constituyente enfatiza la construcción del poder local, la articulación con otras organizaciones para el apoyo mutuo, y la generación de un espacio político más amplio; una fuerza que pueda dialogar horizontalmente con el poder constituido.

Estos movimientos, al contrario del anterior, prefieren la diversidad, la pluralidad y el ejercicio permanente del diálogo, antes que la uniformidad y la verticalidad. Tienen frecuentes conflictos con los poderes constituidos y sospechas históricas sobre los aparatos políticos “creados de la nada”. Requieren de mucho tiempo, de una formación progresiva, de ensayos, de idas y venidas, para construir nuevas formas de poder democrático, que den respuesta a los requerimientos surgidos de las vivencias cotidianas de la gente. Muchas veces se dedican más a lo local y a desarrollar su vida interna (cómo se toman decisiones, cómo legitiman sus acciones en las

comunidades, etc.), que a lo nacional e internacional. Dependen de las instituciones para existir y sostenerse, y muchas veces estas instituciones tratan de ponerles condiciones, con lo cual se inician los conflictos, puesto que las instituciones –como hemos dicho–, responden a la lógica del poder político alterno y a la del capital.

Si bien estas lógicas se han presentado como si fuesen espacios diferentes, sustentadas por actores diversos, en la vida cotidiana aparecen completamente entrelazadas. Parecen nutrirse unas de otras. Así, puede haber intentos institucionales sinceros para fortalecer la actividad económica de los poderes locales, o puede que un Banco Comunal asuma plenamente, en su accionar, la lógica del capital. No obstante, la presente reflexión, dirigida a los movimientos sociales, tiene como objeto aportar una conceptualización básica para orientar planes y proyectos de trabajo, para reflexionar sobre el carácter de una organización dada, y para hacer una reflexión sostenida sobre el curso de un proceso particular.

Retos de los movimientos sociales en la coyuntura venezolana actual

Hemos visto la realidad venezolana como un proceso complejo, donde la pugna entre diversas fuerzas provoca juegos de tensiones permanentes. Ahora nos toca esbozar en trazos gruesos los retos de los movimientos sociales, como factores vitales que apuntan a la construcción del poder popular.

Los movimientos sociales tenemos como reto enfrentar la burocracia, las asimetrías y el autoritarismo, en sus diversos grados y en sus múltiples manifestaciones. Esto pasa por un esfuerzo permanente para afianzar nuestras organizaciones, para articularnos orgánicamente, cohesionarnos y actuar como un cuerpo mayor, sin que nadie pierda su propia identidad y especificidad. El gran desafío es abrir cotidianamente espacios, para lograr a breve plazo una

inserción cualitativa de organizaciones de base en la estructura del Estado.

Hablamos de generar una contraloría social de grandes dimensiones, con múltiples ojos, desde múltiples lugares, y una disposición a sustituir el poder constituido donde sea necesario hacerlo. Hablamos de asumir plenamente el protagonismo en la construcción de una nueva sociedad. Para avanzar en ese camino, el movimiento popular ha de asumir grandes retos. Intentaremos presentar algunos del modo que sigue, señalando que estos momentos no son secuenciales sino simultáneos:

1. Desde los movimientos sociales tenemos que asumir el mirar las cosas desde nuestros propios ojos. Esto puede parecer redundante, pero se trata de cambiar una polaridad de pensamiento. Hemos de ver con intensidad, pasión y profundidad nuestras vivencias, desde nuestra cotidianidad, y no desde modelos que han sido impuestos bajo muchas formas de violencia. Hemos de respirar nuestra ancestralidad (como indígenas, afrodescendientes, latinoamericanos), como seres históricos que somos, con vivencias de raíces milenarias. Hemos de revisar y validar nuestras palabras, nuestro lenguaje popular, de cara a la construcción de la solidaridad y la alteridad. La forma operativa de abordar esto es multiplicando los foros, los puntos de encuentro entre diversos actores sociales, los medios de difusión, para reflexionar permanentemente sobre la realidad que vivimos y nuestro compromiso con ella; sobre el ser y la pertinencia de los movimientos sociales y su aporte al proceso de transformación donde nos movemos. Escribir papeles, soltarlos al viento, emplear el diálogo permanente a la máxima potencia.
2. Hemos de revisar nuestra práctica y ver cuánto hay en ella de lo que rechazamos: burocracia, centralismo, autoritarismo. Hemos de vivir con pasión y practicar diariamente el

ejercicio de la crítica y la autocrítica. Crítica a toda situación o comportamiento de los diversos actores sociales, incluyéndonos desde la posición o el cargo que desempeñemos, con el fin de problematizar(nos) hasta dónde estamos reproduciendo los modos de vida de la dominación, y hasta qué punto somos incongruentes entre nuestro decir y nuestro hacer. Para hacer esto es conveniente confrontarnos con la literatura que critica nuestro estadio civilizatorio y la modernidad, así como acercarnos a formas de vida diferentes de las nuestras (por ejemplo, las de los indígenas), como también a fuentes científicas (ecología, la física contemporánea) y espirituales (el cristianismo primitivo, las tendencias místicas, el pensamiento oriental, etc.). Ello ayuda a desacondicarnos del aquí y el ahora en que vivimos sumergidos, y a visualizar nuevas formas de ser y de vivir.

3. Hemos de asumir la educación permanente desde y hacia nuestra vida cotidiana. Desde la crítica y autocrítica permanentes, construiremos en nosotros mismos (como señalaba Mahatma Gandhi) los modos de vida que deseamos para toda la sociedad: solidaridad, cooperación, creación constante... No pensar por la gente, construir con ella; desarrollar metodologías apropiadas de promoción de acciones sistemáticas y permanentes, y de investigación de la realidad que vivimos; sistematizar la experiencia y compartirla con todas las personas posibles. Constituirnos como equipo transdisciplinario, entendiendo que la vida es la verdadera transdisciplinariedad. Esto puede lograrse si los propios movimientos sociales desarrollan procesos formativos constantes, de modo consciente y sistemático, para sí mismos y para los otros, hasta ir conformando redes de aprendizaje cada vez más fuertes y amplias. Y, desde aquí, ir a negociar intercambios sistemáticos con centros tradicionales de conocimiento, tales como las universidades, fundaciones y escuelas profesionales de formación.

4. Hemos de construir un tejido social, un liderazgo compartido desde lo cotidiano. Vivir diariamente y en todo momento un Estado revolucionario; asumir nuestra propia interlocución, en el entendido de que somos nuestros propios voceros. Generar y fortalecer una red de intercambio permanente con otros movimientos, mediante el diálogo de saberes, empleando diversos medios. Las comunidades deben decir cuál es la nueva institucionalidad y empujar los procesos sociales en esa dirección, asumiendo de paso una auténtica contraloría social. Generar estructuras que sustenten el poder transformador y, desde allí, abrir diálogo con el poder constituido, prefigurando la sociedad que queremos.

Capítulo 4 UNA MIRADA DESDE EL INTERIOR DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES VENEZOLANOS

¿Quiénes somos?

Lo que sigue es un intento de reflexión del autor a partir de entrevistas, observaciones y conversatorios que involucran a diversos integrantes de organizaciones populares de Venezuela. Ante la pregunta: ¿quiénes somos como movimientos sociales?, surgen respuestas diversas, expresadas en distintos grados y niveles, pero que parecen guardar una unidad de fondo.

Un primer nivel de respuesta nos identifica con una *visión étnica originaria, unida a una cualidad de resistencia perenne*: somos descendientes de grupos humanos indígenas, en el sentido de que aún mantenemos sus rasgos físicos y su laboriosidad, así como la disposición a vivir todas las formas posibles de resistencia y opresión. Pero también somos afrodescendientes, en el sentido de la búsqueda de emancipación y de creación cultural. Así, parece claro que no nos identificamos con colonizadores europeos, o de otra proveniencia, sino con aquellas etnias originarias de América, o traídas en calidad de esclavos, que han tenido que recrearse a sí mismas en una lucha permanente de resistencia creadora contra acciones de colonización sangrienta y avasallante. Esto nos sitúa de entrada en los espacios marginales del espiral civilizatorio que proviene de las metrópolis dominantes, y que reseñáramos en el Capítulo 1, en el tema llamado *Trazos de historia*; que nos atribuye el doble rol de combatientes contra grandes poderes económicos,

culturales y militares, y al mismo tiempo creadores de nuevos esquemas y formas de vida. Estos planteamientos, sin duda, se relacionan con aquellas tesis de cultura de resistencia, descrita hace algún tiempo por Augusto Roa Bastos y revisitada actualmente por los zapatistas y los nacionalistas puertorriqueños.

Un segundo nivel nos identifica con una condición mayor, inédita, que nos señala como *seres cósmicos*, o de otra forma como seres *multiétnicos y pluriculturales*, características recogidas en la actual Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. Aquí no nos define únicamente el que provenimos de grupos étnicos particulares, en guerra contra agentes poderosos, sino que somos una composición diversa, siempre en movimiento, que nos hace potencialmente creadores de sociedades o de estadios civilizatorios superiores. En esta óptica se señala que tenemos que mirarnos más a los corazones que a los colores de la piel. Somos una especie de síntesis que incluye tanto elementos aportados por los colonizadores (lengua, tecnología, esquemas de organización social como el cabildo), como también otros muchos aportados por grupos étnicos que resisten el coloniaje (creadores de libertad y de utopías) en una integración mayor. Esta concepción nos acerca a las tesis de José Vasconcelos y Samuel Ramos, filósofos mexicanos de principios del siglo pasado.

Es conveniente tal vez un comentario adicional. A pesar de que lo que hemos señalado como primero y segundo nivel difieren conceptualmente, sospecho que desde los movimientos sociales existe una gran complementariedad entre ambos. En el desarrollo del poder popular, la acción de resistir y de sustentar la dignidad humana conlleva elementos que pueden prefigurar nuevos y más equitativos estadios sociales. Así, la búsqueda de nuevas formas societales (socialismo del siglo XXI, desarrollo endógeno), ante el empuje de las fuerzas coloniales, puede constituir un medio válido para lograrlas.

Un tercer nivel, que puede también ser complementario con los anteriores, nos identifica como una sociedad en proceso de transformación. En esta sociedad se contraponen movimientos *de adentro hacia fuera* (profundización de la democracia, igualdad de oportunidades, equidad), con fuerzas que vienen *de afuera hacia adentro* (capitalismo, consumismo, imperialismo). Así, los movimientos sociales requieren de fortalecer esa tendencia de *sacar de sí mismos* valores y propuestas que tiendan a ampliar espacios de participación, de diálogo, de construcción colectiva, y así sobrepone a esquemas y patrones de comportamiento impuestos desde antiguos procesos de colonización (dependencia, sometimiento a la autoridad, vasallaje). Es, en cierta forma, una visión que supone a la vez una esencia y una entelequia: esto es, que dentro de nosotros mismos llevamos una especie de pureza, de verdad inmanente, de sentido de las cosas, que requiere potenciarse mediante el estudio y la práctica social, para lo cual hay que minimizar las condiciones externas que nos impiden brotar y florecer.

¿Cómo vemos la realidad actual?

Desde ciertos movimientos sociales venezolanos, se mira una realidad compleja, multidimensional y sumida en intensas contradicciones. Es una realidad de la que somos parte, que compartimos, que nos hace y a la que vamos haciendo continuamente.

En esa realidad diversa, poliforme, plena de tensiones permanentes, transitamos con nuestras herencias ancestrales, nuestros tejidos espirituales, nuestra práctica de resistencia cultural, más o menos minimizados bajo una trama social plena de injusticias, inequidades, oportunismo y afán de lucro.

Esta trama social, avalada desde las empresas transnacionales, nos ha sumergido en un sistema profundamente contradictorio. Proclama la igualdad de oportunidades, la libre competencia y la conveniente regulación del mercado; y, en cambio, le da soporte

al dominio económico, político y religioso de unas personas sobre otras, y afianza un esquema civilizatorio que somete y excluye a grandes porciones de la población.

En tal sentido, ese pulso colonial y capitalista nos envuelve, nos divide, nos hace egoístas y nos enfrenta contra nuestros propios hermanos. Tiende a inocular las instituciones del Estado, abriendo cauces a la corrupción, haciendo que ellas traten de mediatizar, reconfigurar o destruir a las organizaciones populares. Puede penetrar nuestras organizaciones, por más revolucionarias que intentemos hacerlas. Nos convierte en ocasiones en *gangsters* políticos, nos polariza, nos fractura, nos hace ejercer el poder a nuestro favor y en detrimento de otros.

Y por debajo de todo esto transitan nuestras esencias telúricas, étnicas, espirituales, reclamando inéditos espacios para manifestarse. El dominio de un orden impuesto, depredador, desigual, por encima de nuestras raíces mutualistas, de reciprocidad, nos abre diversas opciones, como el aislamiento y la evasión, pero también la resistencia activa y la construcción de espacios de liberación. En esa medida, los movimientos sociales se integran a políticas y estrategias gubernamentales, en la medida que estas miran hacia un horizonte compartido; y se sustraen de esas líneas en tanto favorezcan la emergencia de nuevos estamentos mojados en privilegios, impunidad y favoritismos.

Por lo tanto, la realidad que vivimos está interpenetrada por una fuerza externa, impuesta, que nos fragmenta, nos materializa, nos divide, nos enfrenta unos contra otros; y otra interna, espiritual, planetaria, que nos une y nos hace mirar hacia el mismo horizonte.

¿Cuál es el horizonte que buscamos?

Desde esta realidad contradictoria, en tensión permanente, los movimientos sociales generamos un horizonte utópico que ha de convocarnos. Este horizonte no es monolítico, unívoco, sino que se

ramifica a la vez en diversas orientaciones. La complementaridad o integralidad de estas tendencias no es algo que ha de llegar por sí mismo, sino que requiere de intensas y constantes reflexiones e intentos de síntesis.

La primera rama apunta a la posibilidad de que mejoremos como seres humanos. Esto tiene que ver con un proceso evolutivo personal, colectivo y social. En lo personal, se requiere la búsqueda de un desarrollo integral, que involucra lo físico, lo psicológico, lo artístico y lo espiritual. En lo colectivo, es necesario sanear y optimizar las relaciones humanas. Y en lo social, adviene lo imperioso de transformar a nuestro favor las condiciones de vida. En ello se hacen presentes principios tales como respeto, amor y servicio. Mas la evolución debe transitar necesariamente del Yo al Nosotros; de lo individual a la conciencia colectiva, del bienestar personal a la ventura colectiva.

Una segunda rama tiene que ver con el aprendizaje y la sabiduría popular. Hablamos de formación para la vida, para el ejercicio de una nueva ciudadanía. Este proceso formativo se da desde y para el compartir, apuntalando el intercambio de saberes en igualdad de condiciones para todos. Se trata de ayudar a canalizar y enriquecer el conocimiento del pueblo, para que este se ayude a sí mismo, en aras de ir logrando la soberanía cognitiva. Ello ha de conducir a una mayor participación consciente y sistemática de la gente, en aras de afianzar su protagonismo histórico.

Una tercera rama apunta a una búsqueda de liberación progresiva de las personas en lo material, en lo artístico y en lo espiritual. Solo que a la liberación interna corresponde una liberación de los espacios que recorreremos a diario y de las personas que en ellos conviven. Es decir, solo nos liberamos en el esfuerzo por liberar a los demás. Es posible y necesario, en fin, ir construyendo espacios de liberación y de autonomía, desde lo personal, pasando por lo comunitario, lo organizacional, y yendo hacia lo nacional, lo regional e incluso lo planetario.

Una última rama se orienta a la conformación y afianzamiento de espacios organizacionales con sentido político, económico y cultural. Entre estos predominan los consejos comunales, las cooperativas, los núcleos de desarrollo endógeno y las empresas de producción social. Este proceso parece tener tres niveles. El primer nivel está en la conformación misma de las organizaciones, en la búsqueda de mejorar como humanos, de enriquecer nuestros procesos formativos y la búsqueda de espacios de autonomía. El segundo nivel implica la generación de un nuevo tejido de organización político-social, que ha de favorecer una inserción cualitativa de las organizaciones de base en el Estado. Es algo así como el sueño del movimiento popular de impregnar las instituciones oficiales y sanearlas hasta donde esto sea posible. El tercer nivel apunta a la conformación de un Estado comunal, de una red horizontal compleja, que puede llamarse socialismo o desarrollo endógeno.

¿Cómo lo haremos?

En torno a la acción concreta para ascender al horizonte utópico encontramos dos caminos concomitantes: Uno, orientado a la resistencia al vasallaje, mediante el desmontaje o la transformación de las pautas y organizaciones dominantes. Y otro, impulsado a la generación de espacios y modos de vida alternos.

El camino de la resistencia y el desmontaje tiene que ver con ese estado interno de pureza e inmanencia que encarna la libertad, la solidaridad y la dignidad, que requiere fortalecerse en la práctica social cotidiana. Mas, para que esto ocurra, es necesario minimizar y contrarrestar las influencias negativas externas.

Ya hemos vivido diversos momentos y tipos de colonización. El imperio español, con su ejército y sus instituciones, masacró y rompió el tejido de los pueblos precolombinos, con quienes nos identificamos. Luego de la Independencia, nos inundó la cultura francesa que generó las instituciones que aún nos rigen. Luego, el capitalismo,

liderado por Estados Unidos, nos ha impregnado de su modo de vida y de sus valores, entre los que predomina el afán de lucro.

Estas colonizaciones han generado una serie de instituciones, lenguajes, esquemas de conducta, que se mueven entre nosotros subyugándonos, separándonos, enfrentándonos, colocándonos de cara al pesimismo y la rigidez. De aquí la necesidad de, primero, resistir a esas corrientes de vasallaje; y, luego de enfrentarlas, desmontarlas si es preciso. Mas esa confrontación va acompañada de un compromiso y una propuesta.

Este compromiso y esta propuesta se manifiestan en tres momentos, profundamente imbricados entre sí. Un primer momento tiene que ver con el comportamiento cotidiano. Así, los movimientos sociales venezolanos sustentan la necesidad de que los seres humanos seamos naturales, espontáneos, relajados, es decir, libres. Esto se asocia con requerimientos tales como hablar desde nosotros mismos (no desde las instituciones o filosofías que nos subyugan), ejercer el derecho a soñar y a construir futuros en búsqueda constante de una cada vez mayor autonomía, que pasa por un ejercicio diario de la crítica y la autocrítica.

Un segundo momento, que incluye lo anterior, comprende las acciones de potenciar y mejorar constantemente las relaciones entre los seres humanos. Ello tiene que ver con privilegiar acciones de diálogo, conversaciones plurales, el rescate del valor de las palabras, la asunción de la memoria histórica, para comprender las realidades que vivimos, en plena igualdad, reciprocidad y equidad. Esto se relaciona con la posibilidad de conocernos cada vez más como seres humanos, con todas nuestras virtudes y limitaciones, y en ese conocimiento nos iremos transformando. Esta transformación tiene que ver con que a través de la acción dialogada, o el diálogo activo, ejercemos la crítica, que hace que vayamos desmontando los esquemas de dominación que nos han implantado secularmente y que, retomando la memoria histórica, podamos construir propuestas de modos de vida y de sociedad.

Un tercer momento nos confronta con vínculos y articulaciones que han de modificar la trama histórica actual en lo económico, social, cultural y político. Asume, simbólicamente, la calle como espacio de liberación y creación colectiva. Esos vínculos apuntan a posibilidades dialógicas entre el movimiento popular y las instituciones, especialmente las universidades, con el fin de ir transformando progresivamente tales instituciones. Toda la sociedad ha de apuntar a una profundización de la democracia, manifiesta mediante la posibilidad de diálogo, acciones conjuntas y decisiones compartidas. De aquí la importancia de que el Poder Constituyente (el pueblo) tenga cada vez mayor control sobre los medios de difusión masivos.

En síntesis, las acciones se orientan, simultáneamente, a cuestionar y desmontar los poderes establecidos, los patrones culturales y formativos que tienden a subyugarnos. Y, del mismo modo, apuntan a un proceso mayor tridimensional:

- 1) Crear posibilidades de comportamiento cotidiano de cada uno de nosotros en libertad, plenitud y creación.
- 2) Dialogar de modo profundo y crítico con los demás para cuestionar el orden existente y construir procesos compartidos.
- 3) Establecer articulaciones y vínculos entre personas, organizaciones e instituciones, para abrir nuevos espacios sociales.

Capítulo 5 LA FORMACIÓN DESDE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES. UNA MIRADA CRÍTICA

La educación en América Latina: algunas pistas

Desde lo que hemos venido hablando, podemos considerar que en América Latina vivimos una profunda contradicción. Traemos una ancestralidad que, a pesar de guerras y tensiones sociales, apunta a esquemas relacionales de tipo mutualista, con carácter de reciprocidad. Pero al mismo tiempo, al internalizar el esquema civilizatorio dominante, tendemos a ser personas individualistas, materialistas, con afán de lucro.

Por otra parte, desde ese modelo dominante despreciamos nuestros orígenes. Hablamos de globalización como un modo de suscribirnos a ciertos esquemas de visión, pensamiento, sentimiento y acción, según las pautas de poderosas empresas transnacionales. Sin embargo, las vivencias ancestrales habitan nuestra habla, nuestro sentido de corporalidad, y, sobre todo, nuestros modos de relacionarnos. No obstante, desde las grandes empresas transnacionales de la comunicación nos sumergimos en un mundo donde tenemos que suprimir a los otros para afianzarnos y maximizar el ego para preservarnos.

La educación latinoamericana vive también esta contradicción. El sistema escolar asume una estratificación piramidal y un sistema de promociones que se apoya en un comportamiento individualista, competitivo, de manejo de saberes fragmentarios, sustentado por el ejercicio permanente de valorización/desvalorización, según la

discrecionalidad del cuerpo docente. Supuestamente se logra mayor éxito en la medida que los estudiantes se desarraigan de sus contextos vitales y respiran una lógica de instrucciones y de obediencia irrestricta a la autoridad. Además, buena parte de las instituciones educativas, desde el ejercicio de empresas privadas, se adhieren a la búsqueda del máximo beneficio y el amor al lucro.

Por otra parte, este sistema escolar lleva en sí mismo la coexistencia de dos circuitos claramente identificados: uno, donde entran los sectores más desfavorecidos socialmente y egresan trabajadores subalternos, de los que el sistema requiere obediencia. El otro circuito alberga a los hijos de las clases dirigentes y los forma para ejercer jefaturas.

Claro que ningún sistema es completamente homogéneo ni lineal. Existen fracturas, vacíos, desde donde se van organizando grupos de resistencia y organizaciones alternas. Así, desde el propio corazón de la escolaridad, emergen grupos de presión y se van conformando espacios liberados.

No obstante, más allá del sistema escolar existen otros espacios educativos. Uno, generado por las propias empresas desde sus planes de capacitación, inducción y desarrollo de recursos y de talentos que incrementen las ganancias. Y otro espacio, cada vez más fuerte y socialmente significativo: se trata de una inmensa región heterogénea, desde donde emerge lo sociocomunitario, lo gremial alternativo y los movimientos sociales. Esta región ha generado, y más aún en los últimos años, interesantes y valiosas propuestas políticas, sociales, culturales y formativas.

De lo que hemos venido hablando

A continuación, y en el camino de reflexión sobre la formación desde los movimientos sociales, intentaremos una breve recapitulación de algunos puntos vitales que hemos venido tocando.

Hemos referido que los movimientos sociales son parte constitutiva de la historia de América Latina, solo que desde finales del siglo XX han tomado una gran fuerza social y un papel protagónico en propuestas de transformación social. Han resistido a los embates de la marginación, opresión, incluso de la represión brutal de gobiernos dictatoriales. En muchos aspectos empiezan a rebasar la influencia de los partidos políticos, que hasta ahora habían sido los sujetos sociales preferidos de la sociedad capitalista. Esto se debe, en gran medida, a la incertidumbre y desesperanza crecientes en el sistema capitalista, como vía privilegiada para extender el estado del bienestar de manera uniforme a todos los rincones del planeta.

Los movimientos sociales se constituyen en una tensión dialéctica entre la búsqueda de satisfacción de necesidades, o la búsqueda de reivindicaciones, y la vivencia de utopías concretas. Encarnan procesos de resistencia y creación de identidades contra el vasallaje y la colonización; por ello, existen en medio de tensiones sociales de diversos tipos y rangos.

En consecuencia, los movimientos sociales son colectivos de personas con ciertas características comunes (posición social, ubicación geográfica, compromisos políticos, identidad de género, entre otras). Planean y desarrollan acciones integradas en distintos órdenes (económico-social-cultural-ancestral-político). Desde lo reivindicativo van edificando colectivamente espacios y problemáticas más amplias y abarcadoras, articulando luchas sectoriales con la transformación de la sociedad global.

Estos movimientos se basan en algunas premisas fundamentales:

- a) Los seres humanos somos iguales ante la ley y ante Dios, tenemos las mismas posibilidades y las mismas oportunidades.
- b) Somos seres en relación, y es esa relación la que nos define como sujetos sociales. Es más importante la forma como nos relacionamos que las propiedades que tenemos.

c) Cada colectivo, en relación con los otros, desde sus ámbitos específicos imprime dirección y sus propios rasgos a la vida social.

En el caso de Venezuela, hablamos de movimientos sociales incipientes, en proceso de formación y consolidación. Se afianzan o van surgiendo en un país polarizado, en tensión permanente. Un país que en el discurso político oficial propugna el tránsito hacia el socialismo, mientras las fuerzas opositoras lo adversan mediante una ofensiva de medios de difusión masivos y una estrategia de movilización constante. Un país cuyas políticas gubernamentales y en el campo jurídico han abierto espacios de apoyo y respaldo a los movimientos sociales, mientras las acciones desarrolladas desde los organismos oficiales tienden a limitar o someter, en buena medida, a dichos movimientos.

Cuando hablamos de movimientos sociales en Venezuela, pensamos en colectivos organizados y articulados entre sí, tales como comités de salud, consejos comunales, cooperativas, colectivos indígenas, núcleos de desarrollo endógeno, grupos de afrodescendientes, movimiento feminista, cultores, y especialmente las comunas entre otras formas. En cada uno tenemos una historia propia, un perfil específico, unos vínculos comunitarios e institucionales, así como un cuerpo de propósitos inmediatos y mediatos, a múltiples niveles y grados.

La vida interna en nuestros movimientos es plena de tensiones, contradicciones, pero también de encuentros y celebraciones. Somos algo así como una familia creciente, pluricultural y mestiza, a la vez que cósmica y espiritual, en lucha siempre por encontrarse a sí misma. Vivimos valores y saberes ancestrales en lo cotidiano, pero a la vez construimos la sociedad del futuro. No obstante, también formamos parte de valores impuestos (cristianismo europeo), capitalismo y racionalidad occidental, aspectos que se manifiestan

diariamente en la tendencia a la fragmentación, a la división, al cultivo exagerado de los egos.

A su vez, en estos movimientos asumimos la búsqueda de formas de vida donde mediante la participación democrática plena se enfatice el bienestar colectivo y el crecimiento integral de todos. Para ello, hemos de ejercitarnos siempre en la construcción de una nueva ciudadanía, que suponga una mejor calidad de vida para todos. Ello puede lograrse si encarnamos ideas tales como el desarrollo endógeno, que conlleva la socialización de los medios de producción, el poder constituyente y la inserción cualitativa de las organizaciones populares en la estructura del Estado.

Retos de los movimientos sociales venezolanos

Así, se nos presentan diversos retos para nuestros movimientos sociales venezolanos. En primer lugar, tenemos que afianzarnos en las comunidades, mediante propuestas participativas y proyectos que beneficien directamente a todas las personas posibles, en lo económico, cultural, social y formativo.

En segundo lugar, debemos desarrollar procesos de autoobservación crítica constante, para depurar en nuestros actos todo lo que pueda haber de capitalismo, egoísmo, burocracia, centralismo y autoritarismo.

En tercer lugar, tenemos que agudizar la mirada crítica para leer la realidad comunitaria, nacional y regional, desvelando en esa realidad los mecanismos de opresión y vasallaje.

Y en cuarto lugar, ensayaremos formas de articulación, cooperación y simbiosis con otras organizaciones y movimientos, con el fin de generar una fuerza consciente mayor que incida en las políticas y procesos societales de mayor magnitud.

De esta manera, en la dinámica de los movimientos y procesos sociales, desde ámbitos comunitarios hasta espacios de resistencia al interior del sistema escolar, están emergiendo nuevas

constelaciones cargadas de futuro. Veamos algunas de esas propuestas que apuntan a lo formativo. Son espacios generados en buena parte fuera del sistema escolar, pero que pueden enriquecerlo, renovarlo, reconstituirlo.

1. La primera constelación implica una lucha intensa contra nosotros mismos, en la que hemos de acompañarnos unos con otros. Intentaremos, hombro con hombro, superar los egoísmos e individualismos y participar en todos los colectivos posibles (familia, amigos, organizaciones, instituciones). En vez de poner al mundo como un gigantesco tablero de recursos para mi propia individualidad, hemos de mirarlo como un conjunto de posibilidades de relaciones y encuentros que nos ayudarán a crecer como seres humanos. De esta forma, estaremos resistiendo a la cultura dominante, apuntalada por las grandes agencias mediáticas, que nos arrastra al individualismo materialista y lucrativo.
2. La segunda constelación conlleva otra batalla contra la fragmentación de la realidad, que lleva en sí la desintegración de nosotros mismos como personas. El llamado método científico, que más bien es un camino trazado desde determinados centros de poder, termina sometiéndonos a ciertos parámetros, cierto lenguaje y a ciertas autoridades del conocimiento. Esto se reproduce al interior de las instituciones educativas, recargadas de disciplinas desconectadas entre sí, y signadas por las unidades créditos... De otra forma, al conformarnos como colectivos podemos darnos el permiso de multiplicar las posibilidades de expresión, reinventando nuestras visiones del mundo integrando lenguajes desde lo científico, ancestral, espiritual, artístico.
3. La tercera constelación deviene de los colectivos que enriquecen sus modos de nombrar y resignificar el mundo. Hemos de buscar formas más integradas de mirar y de concebirlo, visualizando

relaciones antes inéditas. Es una visión de mayor riqueza y complejidad que apunta a la creación de diversas síntesis, que nos hacen ver el universo como un organismo vivo, integrado, unificado. Al asumir esta constelación, estaremos superando la visión fragmentaria, cosificada, utilitaria, que sustenta esta sociedad capitalista.

4. La cuarta constelación sintetiza las anteriores. Es la generación de procesos compartidos, conscientes, intencionados, que persiguen la superación de esquemas y patrones de injusticia, desigualdad e inequidad. Se trata de que asumamos proyectos tendentes a la transformación de ciertos contextos socioculturales en espacios humanos y naturales más vivibles, más integrados, más saludables y más armónicos.

El proyecto de los movimientos sociales

Desde lo anterior podemos visualizar un posible proyecto para los movimientos sociales, atendiendo a los propósitos fundamentales, lo que se requiere para realizarlos y la estrategia para lograrlo:

Propósitos fundamentales

Estos propósitos de los movimientos sociales pueden mirarse en tres ámbitos que se integran entre sí:

Un *primer ámbito* tiene que ver con lo que Boaventura de Sousa Santos (1998) refiere como la integración entre la subjetividad, la ciudadanía y la emancipación. Tiene que ver con la idea de conocernos y reconocernos en la cotidianidad como seres humanos concretos, históricos, desde la interculturalidad y, desde ese conocernos, irnos transformando en personas mejores. Dignificarnos en lo material y espiritual, la construcción de identidades y el tejido de una cosmovisión vital. Buscar en lo posible que seamos de lo más

naturales y espontáneos, hacia un estado de relajamiento progresivo, y hacernos maestros en el arte de conversar y de dialogar. Tiene que ver con la búsqueda de liberación de todos los espacios sociales posibles: el hogar, la calle, la escuela, la fábrica. Tiene que ver con ejercer el protagonismo de la vida, de los procesos compartidos, de los proyectos sociales, desde la participación consciente y plena de sentido.

Un *segundo ámbito* tiene que ver con el aprendizaje y el ejercicio para perfeccionar el arte, la política, el conocimiento, la promoción cultural, la comunicación, y cualquier otra actividad relevante para la vida social. Es el espacio formativo por excelencia. Implica el desarrollo compartido de saberes y haceres, desde planos de igualdad, equidad, justicia, libertad. Recuperar la palabra, la imagen, y recrear la historia regional, nacional, comunitaria y personal, desde las prácticas emancipatorias y de promoción de transformaciones sociales profundas. Este ámbito también está asociado con una lectura crítica de las realidades cotidianas, incluidos los mensajes mediáticos, el cuerpo de discursos políticos y el accionar institucional. Ello con el fin de profundizar el desmontaje de un marco civilizacional, y todo lo que representa para nuestras búsquedas de liberación y recomposición social.

El *tercer ámbito* está vinculado con la posibilidad de aumentar y enriquecer los vínculos y articulaciones de los movimientos sociales, a múltiples niveles y en diferentes dimensiones. La horizontalidad, la reciprocidad y el diálogo auténtico, han de pautar estos vínculos, sea con otros movimientos sociales, con partidos políticos e incluso con organismos gubernamentales o entes internacionales. Se trata de crear constantemente nuevas relaciones y nuevas formas de interacción entre personas, comunidades, nación y región, que garanticen la libertad, la igualdad y la equidad para todos. Este vincularse no es algo mecánico, accesorio, sino que se inscribe en

un proceso de ruptura de órdenes sociales injustos, sin equidad, opresivos, y prever y acompañar la emergencia de nuevos estadios organizacionales, institucionales; en fin, sociales.

Pautas para asumir la educación desde los movimientos sociales

Haciendo una breve revisión de la literatura referida a los procesos formativos en los movimientos sociales, encontramos asuntos muy interesantes. Se trata de un espacio que tales movimientos han asumido con gran conciencia y responsabilidad. Desde el ejercicio de conformar sistemas educacionales alternos, como es el caso de los zapatistas y el Movimiento Sin Tierra de Brasil, hasta las propuestas de convertir todas las actividades de los movimientos en ámbitos de formación.

Desde estas lecturas encontramos algunas consideraciones que pueden constituir principios para visualizar la esfera formativa de los movimientos sociales:

1. Los movimientos sociales son, en sí mismos, un principio educativo. No hay personas, ni espacios, ni momentos privilegiados en la acción educativa, sino que todos los espacios, todas las acciones y todas las personas son espacio-tiempos y sujetos pedagógicos (Zibechi, 2005).
2. La educación, desde los movimientos sociales, implica un transformarse transformando. Los procesos formativos están insertos en los procesos que desarrollan cotidianamente, relacionados con la salud, la escuela, la cooperativa, la producción, la forma de organizar la vida. Lo decisivo no es qué pedagogía se sigue ni qué modelo de escuela se persigue, sino el clima y las relaciones humanas vinculadas a las prácticas sociales (Zibechi, 2005).

3. La verdadera educación conlleva la unidad teoría/práctica. La elaboración teórica debe realizarse a la par de la práctica, en el proceso mismo de toma de decisiones (Casanova, s/f).
4. Transformación de la realidad y de la subjetividad. Las acciones emergentes desde los movimientos sociales van generando nuevos marcos de interpretación y valoración de la realidad, de identidades y de formas de interacción y acción social; es decir, se atribuye a los movimientos sociales una capacidad de transformación de la sociedad, así como de las subjetividades y los sujetos que los agencian (Universidad Pedagógica Nacional, 2005). Boaventura de Sousa Santos (1998) refiere como la integración entre la subjetividad, la ciudadanía y la emancipación.

Desafíos para la educación desde los movimientos sociales

Desde las fronteras difusas entre la formación en los movimientos sociales y la educación popular encontramos, con Goldar, M.R. (2008), algunos desafíos interesantes:

1. El desarrollo de una práctica educativa crítica y creativa. Se trata de la apertura de procesos donde cada vez más vayamos aprendiendo a leer e interpretar los procesos sociales en toda su complejidad. Pero esto no es en absoluto un mero ejercicio intelectual, sino un desafío para orientar y potenciar nuestras prácticas como militantes sociales.
2. La posibilidad de aprender constantemente a formularnos preguntas cada vez mejores. Esto es, interrogar permanentemente la realidad para dar repuestas transformadoras. Este hacer nos lleva a superar el pensamiento lineal, que nos lleva a ver el mundo en blanco y negro, o en malos y buenos, sin matices. El reinventar las

preguntas, y el modo de formularlas, nos permite mirar la realidad en toda su extensión y complejidad para asumir el desafío anterior.

3. Hacernos cargo y, como educadores, aprender a vivir y asumir, es decir, transitar tensiones. Mirar la realidad y nuestra práctica como algo inacabado, siempre en flujo constante, con múltiples opciones abiertas. Esto nos sitúa ante nuestra propia historicidad, nos recoloca como sujetos históricos (desde lo personal y lo colectivo), potenciando el desarrollo de nuestra creatividad y de nuestra capacidad de soñar.

Desde estas constelaciones se asoman algunos esquemas estratégicos para la educación de los movimientos sociales latinoamericanos:

1. Los procesos formativos pasan por la constitución de comunidades de aprendizaje. Hablamos de colectivos que, además de las tareas cotidianas de vivir, trabajar y transformar, se dedican a generar e intercambiar aprendizajes mediante el diálogo de saberes, reinventando modos de aprender, de dialogar, de abrir y alimentar espacios para compartir ideas, afectos y valores. Estas comunidades pueden surgir en el seno de los movimientos sociales, pero también, y especialmente, en el mundo de la educación formal. No se limitan a reunir individualidades, sino a abrir un proceso complejo, delicado, de creación y reaprendizaje de modos de relación y reenfoque de nuevos tejidos societales.
2. Se aprende desde la experiencia, con la experiencia y para la experiencia. La vida entera (con todos los sentires, pensares, haceres) es el eje indiscutible de los procesos formativos. Si los requerimientos académicos, curriculares, nos alejan de la vitalidad cotidiana, hay que repensar y reformular tales requerimientos. Aprender de la experiencia implica aprender con otras

personas, puesto que todos nos movemos y hacemos mover tejidos históricos complejos, multidimensionales. Las historias personales, familiares, locales, nacionales, regionales y universales son las protagonistas de los procesos formativos. Esto apunta a la generación de espacios que simultáneamente dan sustento a los procesos transformadores y a la configuración de aprendizajes profundos. En algunas instancias llamamos a estos espacios *ensayos*.

3. Los *ensayos* son invenciones sociales que se acercan a utopías concretas, en el sentido de que se hacen realizables en el aquí y el ahora. Son modos de hacer de los colectivos para crear espacios compartidos en lo social, cultural, económico, político, entre otros. Ejemplos concretos de ensayos son los llamados movimientos sociales. Por ejemplo, si nos fijamos en los zapatistas, veremos que ellos han inventado nuevos esquemas de relaciones vitales. En el campo de la formación, las innovaciones más profundas vienen desde el campo de la educación comunitaria; no obstante, se hace perentorio ensanchar estos espacios en el campo del sistema escolar. El ensayar procesos alternos, sus correspondientes evaluación y sistematización, y su renovación constante constituyen procesos formativos de gran riqueza. Esto lleva una nueva mirada a los procesos de aprendizaje.
4. El aprendizaje se inscribe en el desarrollo consciente e intencional de proyectos de formación/acción. Se trata de procesos de aprendizaje que integran como un todo el crecimiento personal y espiritual y la transformación de los espacios sociales, culturales, políticos y económicos. Los proyectos también permiten integrar lo teórico y lo práctico, el pensar, el sentir y el hacer, en acciones sistemáticas destinadas a generar, con otros y otras, ensayos de libertad, de creación compartida, de bienestar colectivo.

5. Los proyectos, en su desarrollo desde el ámbito de los ensayos, se imbrican e interpenetran entre sí, apuntando a la generación de redes de procesos libertarios, creadores de sociedad. Así, es posible forjar lenta y progresivamente tejidos relacionales entre personas, comunidades, pueblos, países y regiones, en relaciones que medien lo cultural, lo social, lo político y lo económico.

Capítulo 6

MOVIMIENTOS SOCIALES EN VENEZUELA: UNA PROPUESTA FORMATIVA

En estas líneas presentaremos algunas claves para la comprensión de los procesos formativos de los movimientos sociales de Venezuela. De entrada, aclaramos que estas claves que ahora intentaremos sistematizar han surgido de encuentros y reflexiones compartidas con diversos sujetos sociales. En un inicio, haremos una brevísima caracterización de los movimientos sociales. Luego, trazaremos algunos aspectos relevantes de tales movimientos en el país. Finalmente, esbozaremos las claves para abordar la reflexión sobre sus procesos formativos actuales y posibles.

Razones para esta propuesta

- En las sociedades latinoamericanas, y especialmente la venezolana, surgen nuevos escenarios y dinámicas sociales de tal complejidad que rebasan los sistemas formativos tradicionales. Para construir la nueva sociedad se requiere la unión de diversos actores sociales (personas, colectivos, instituciones) que generan desde la base un sistema de formación alternativo. Este sistema debe estar fundamentado en la experiencia histórica, en la construcción colectiva de las nuevas formas de vida, en el diálogo de saberes. Debe abrir procesos formativos integrales, significativos para las personas concretas en contextos sociales específicos.

- Conviene superar lo instrumental, lo meramente pragmático, en las dinámicas organizativas de las bases sociales que se identifican con el proceso de transformación social. Hay que impulsar experiencias formativas que favorezcan la búsqueda de visiones integrales de la complejidad. Se trata de trascender lo positivo, lo cuantitativo, lo lineal y cronológico, para reflexionar desde lo cualitativo, lo multiforme y la temporalidad múltiple.
- Ante la debilidad que implica intentar organizar a la sociedad y a las comunidades desde las instituciones existentes, cuestionadas en su efectividad y en su legitimidad, se requiere la conformación de un tejido social alternativo, lleno de protagonismo popular, que a la par de la acción transformadora desarrolle un pensamiento político diferente.
- La formación de los actores sociales para la transformación es un proceso complejo que integra elementos transdisciplinarios, en una dialéctica constante de relación teoría/práctica, que involucra el diálogo de saberes y la integración crítica de contenidos (leyes, procedimientos, manejo instrumental, acción metódica).

Cómo viene ocurriendo la formación

Los procesos formativos referidos a los movimientos sociales en Venezuela pueden ser de tres tipos:

1. Los que ocurren de manera espontánea en la vida cotidiana de los movimientos sociales. Si bien estos procesos abordan problemáticas concretas y abundan en recursos formativos, usualmente no son registrados y mucho menos sistematizados.
2. Los programas específicos emanados de instituciones oficiales, tales como ministerios y universidades. Estos programas

usualmente responden más a las racionalidades institucionales, que a los requerimientos de las organizaciones comunitarias. Es decir, atienden más a factores tales como costo-beneficio, separación teoría-práctica y especialización disciplinaria, que a las demandas vitales de los miembros de los movimientos sociales. Así, estos procesos formativos tienden a entramparse en esquemas rígidos, ajenos, que a pesar de las buenas intenciones poco aportan a la vida comunitaria

3. Las escuelas de formación populares (como la Guaraira Repano, y Asoprodenco). Se trata de espacios formativos que han tenido que superar las tendencias anteriores: mucha espontaneidad sin evaluación ni sistematización, y mucha formalidad y fragmentación a la hora de plantearse propuestas educativas más elaboradas. Es un ámbito emergente, de gran potencialidad, que requiere de una mayor atención y estudio para fortalecerlo y expandirlo.

La formación desde los movimientos sociales venezolanos: claves para potenciarla

Creemos que hay condiciones básicas para potenciar los procesos formativos en los movimientos sociales. Y no se trata principalmente de organizar cursos y talleres por doquier, pensando en una transferencia de saberes de quienes detentan el saber técnico a los protagonistas comunitarios. Se trata más bien de propiciar un reconocimiento de los saberes presentes en el quehacer de los movimientos populares, y también de los vacíos y las ausencias y desde allí pensar en espacios formativos donde predomine el compartir, el intercambio crítico y la apropiación compartida de los conocimientos.

Se trata, en fin, de que todos (instituciones, organizaciones populares, comunidades) vayamos constituyendo redes formativas para el apoyo mutuo y el trabajo educacional compartido. Hablamos

de consolidar vínculos orgánicos, a la vez que flexibles, horizontales, entre personas, organizaciones, instituciones y comunidades, a partir de las vivencias presentes, locales y más lejanas. Esta integración ha de coadyuvar el fortalecimiento de un sistema educativo total, manejado por todos de modo simultáneo, donde converjan políticas, ciencias, saberes ancestrales y estrategias particulares.

No obstante, desde reflexiones sistemáticas entre participantes de diversos movimientos sociales hallamos que es importante atender ciertas claves en los procesos formativos. Estas claves, profundamente imbricadas entre sí, son: *La clave del ser, la clave del concebir y del soñar, la clave del construir, la clave del hacer común liberador y la clave del saber contextualizado.*

La clave del ser

Se trata de un aspecto de extrema importancia. Responder a las preguntas: ¿qué somos ahora?, ¿cómo somos? y ¿qué queremos ser?, es el punto de partida de cualquier proceso transformador. Como sujetos de los procesos sociales requerimos conocernos lo mejor posible. Y ese conocimiento es un proceso de reinterpretación permanente. Si asumimos que somos seres históricos, en relación, espirituales, solidarios, es diferente que si nos concebimos como seres individuales en constante competencia con los otros.

Conocernos como personas y como colectivos ayuda a vencer miedos, y nos lleva a asumir el porvenir con su carga de riesgos. De esta manera, los procesos de formación han de incluir permanentemente dinámicas de autoconocimiento, interconocimiento desde las historias personales y colectivas, desde la interpretación permanente de la historia de la cual somos parte.

Esta clave del ser se relaciona con las visiones que, desde la historia, construimos de nosotros mismos. Podemos identificar-nos como descendientes de indígenas o africanos, que llevamos en nosotros valores y capacidades para resistir a todas las formas posibles de opresión. O podemos sentirnos como seres cósmicos,

multiétnicos, pluriculturales, creadores de utopías y estadios civilizatorios. O como una síntesis de ambas visiones.

Otro aspecto relevante de esta clave es el hecho de sentirnos y pensarnos como sujetos de un proceso permanente de transformación. Somos seres históricos, y la historia es un campo de posibilidades abiertas, infinitas.

La clave del ser nos lleva a vernos como autores y actores vinculados, relacionados, en los diversos escenarios donde nos desenvolvemos cotidianamente. Ello incluye el trabajo desde los mismos movimientos sociales.

No obstante, más importante que las posibilidades de respuestas son las preguntas mismas. La experiencia formativa ha de sustentarse en lo que Paulo Freire llamaba “la pedagogía de la pregunta”.

La clave del concebir y del soñar

Se trata de asumir la memoria histórica (personal, comunitaria, nacional y mundial), no solo para reforzar la clave anterior de conocer nuestro propio ser, sino también para concebir el tipo de sociedad que queremos en el futuro.

Entonces, hemos de asumir la historia (sobre todo esa historia vital que generalmente no aparece en los libros) como parte de nuestros procesos de vida, como alimento sublime para construir nuevas visiones y nuevas formas sociales que nos permitan mejorar nuestros modos de existir y de ser cada vez mejores personas.

En conclusión, la experiencia formativa tiene que incluir permanentemente nuestros sueños y nuestras esperanzas, en concepciones del mundo que enriquezcan nuestra vida actual y nuestras acciones cotidianas, en la construcción permanente de un proyecto de nación.

La clave del construir

Desde lo que somos, y del sueño de futuro que tengamos, requerimos aprender a construir una nueva ciudadanía y asumir la gestión

política desde nuestros espacios cotidianos. El fortalecimiento del Poder Constituyente que somos, a partir de nuestros proyectos comunitarios, nos permitirá incidir cada vez más en las instituciones y organismos que tienen a su cargo la gestión pública, haciéndola girar en torno a los requerimientos y propuestas de las comunidades. Ello se logrará, solo si conformamos una alianza sólida entre múltiples organizaciones comunitarias, articulando objetivos comunes.

Así, partiendo de la práctica misma, hemos de abordar el estudio y la reflexión permanente en torno a asuntos tales como gestión política, liderazgo colectivo, proyectos comunitarios, medios de comunicación, y otros que contribuyan a afianzar el trabajo popular de todas las comunidades.

La clave del construir nos remite a una tensión dialéctica entre una fuerza externa que trata de someternos, avasallarnos, fragmentarnos, y otra interna que nos integra y nos lleva a autotranscendernos. El construir nos confronta con un trabajo arduo y permanente para transformar toda la trama de relaciones sociales que nos limitan, para abrir opciones en diversas direcciones.

Lo anterior se refiere a la posibilidad de crear todas las condiciones y los medios que nos ayuden a evolucionar, a perfeccionarnos como seres humanos. No como individuos, sino como colectivos. Ello requiere también concebir las formas y modos de sostener un proceso de aprendizaje constante y profundo, que supone una progresiva liberación de todas las estructuras opresivas. Para esto puede requerirse la reconstrucción de los diversos espacios organizacionales, y los vínculos orgánicos entre ellos, de cara a la forja de utopías concretas.

Esta clave del construir está mediada por condiciones de reciprocidad, justicia, equidad, solidaridad, respeto, y atraviesa conceptos siempre en proceso de reinterpretación constante, como sanación, amor, compartir, vínculos.

La clave del hacer común liberador

Para incidir en la gestión política mayor, es necesario asumir la política desde la vida diaria. Ello pasa por mejorar todas las formas posibles de relación entre los vecinos, mediante formas de seducción para las acciones comunitarias, asumiendo para ello las políticas de Estado. Es necesario ampliar las posibilidades del compartir entre las personas, en el trabajo (especialmente el trabajo productivo) y en la recreación, en las manifestaciones culturales específicas, para seguir profundizando el sentido de la comunidad y la conformación de tejidos sociales. En consecuencia, la formación debe apuntar al manejo de conceptos, visiones y estrategias adecuadas para el logro del beneficio máximo, con la participación plena de las comunidades.

La clave del hacer común liberador implica la generación de procesos, estrategias y medios en múltiples sentidos simultáneamente:

- El hacer para desarrollar procesos formativos que fortalezcan nuestras organizaciones en un clima de libertad creciente.
- El hacer para construir un tejido político-social que favorezca una progresiva inserción cualitativa en las organizaciones del Estado.
- El hacer común liberador para conformar un nuevo estado de cosas, que apunten a una nueva constelación civilizatoria.

Las implicaciones de esto para el hacer común liberador en el ámbito de la formación apuntan a un proceso mayor tridimensional:

- 1) Generar posibilidades de comportamiento cotidiano de cada uno de nosotros en libertad, plenitud y creación.
- 2) Dialogar de modo profundo y crítico con los demás para cuestionar el orden existente y construir procesos compartidos.

3) Establecer articulaciones y vínculos entre personas, organizaciones e instituciones, para abrir nuevos espacios sociales.

La clave del saber contextualizado

La política, tanto a nivel global como local, será factible en la medida que las comunidades podamos desarrollar nuestros propios espirales del saber. Ello pasa por reconocer nuestro lenguaje, nuestros códigos culturales, nuestros proyectos de vida, y a partir de allí incorporar otros conocimientos y otras referencias en una espiral virtuosa.

Esto solo será posible mediante un continuo y sistemático proceso de intercambio de experiencias, ideas, propuestas, acompañadas de intensos procesos de registro, sistematización e investigación de los procesos comunitarios, por tanto, se avanzará hacia una auténtica soberanía cognitiva. De este modo, la formación debe propiciar la herramienta de creación, difusión y validación del saber comunitario.

La clave del saber contextualizado se refiere a la transformación de la experiencia en conocimiento, y del conocimiento en experiencia. Hablamos de la legitimación constante de una dialéctica que imbrica la relación teoría-práctica. Ello incluye la vivencia intencional libremente decidida, tanto personal como colectiva, que puede transformarse en procesos socioformativos.

Capítulo 7 HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE SISTEMAS DE APRENDIZAJE PERMANENTE

En este último capítulo nos vamos a referir a cómo viabilizar lo que hemos venido argumentando. Estas vías, desde nuestra óptica, tienen que ver con la posibilidad de crear y sostener, en todos los espacios posibles, sistemas articulados de aprendizaje permanente. Y en esto, insistimos, no puede haber un solo protagonista, ni un ente centralizador, sino que debe ser generado por todos, en todas partes, y con grandes posibilidades de articularse entre sí para hacer de la sociedad un gran sistema interconectado de aprendizaje y diálogo de saberes.

Puntos de convergencia

Visto lo anterior, insistiremos en algunos puntos de partida y de convergencia, como ejes articuladores de estos espacios de aprendizaje permanente:

1. Todos, absolutamente todos, vamos a sentirnos, pensarnos y asumirnos como los hacedores de historia, como los constructores del porvenir. No todos somos líderes y tal vez no todos tengamos el mismo reconocimiento. Pero todos, desde donde nos movemos cotidianamente, tenemos grandes y pequeños papeles que cumplir en las transformaciones sociales. Los procesos formativos han de confrontarnos con nosotros mismos y entre nosotros, para reconocernos en lo que somos, y aun en lo que podemos hacer.

2. Los seres humanos, todos, vamos construyendo la Historia (con mayúscula y con minúscula), desde las realidades diarias que nos constituyen y que reconfiguramos, pero también desde nuestros sueños, nuestras esperanzas, nuestras utopías encarnadas. Claro que también tenemos que vivir criticando estos haceres y esos sueños, por cuanto pueden estar teñidos de las ideologías que sustentan el sistema capitalista dominante, y crear condiciones para vivir procesos de libertad, plenitud y creación. En la medida que podamos abrir diálogos con todos los espacios sociales posibles, nos aproximaremos a la edificación de un proyecto alternativo de nación y de sociedad. Las tareas formativas, aquí, tienen que ver con la posibilidad de compartir miradas críticas sobre la realidad (sobre todo la cotidiana) y también sobre nuestros anhelos y esperanzas.

3. La tarea inmediata es trabajar de manera compartida para crear las condiciones y medios que nos ayuden a buscar un desarrollo pleno en lo personal/colectivo, en todas las esferas de nuestra vida. En este camino, la labor formativa tiene que ver con aprender y reaprender todos los días a liberarnos progresivamente de las estructuras opresivas y a ejercitar cotidianamente la liberación y la creación de nuevos estadios de vida, mediante la articulación horizontal, participativa, entre todos los espacios posibles.

Sistemas de aprendizaje permanente

Es vital, desde nuestro punto de vista, crear espacios de aprendizaje en todos los ámbitos sociales donde nos movemos: familias, vecindarios, organizaciones comunitarias, comunas, escuelas, universidades, empresas sociales, el poder municipal y estatal, etc. Ello ha de apuntar a fortalecer y desarrollar los movimientos sociales como entes diversos, plurales y heterogéneos, pero simultáneamente vinculados entre sí y con otras instancias sociales. Los espacios de

aprendizaje se inician con la dedicación de ciertas horas de la semana a reunirse en algún lugar para dialogar e intercambiar ideas, saberes y aprendizajes.

Por ejemplo, los consejos comunales, las comunas, las empresas de propiedad social y las instituciones del Estado, pueden ser espacios privilegiados para el ejercicio del aprendizaje de la democracia, de cara a la transformación social. Ello se debe, en el caso de los dos primeros, a que son puntos de encuentro entre el gobierno municipal y el gobierno local, donde se prioriza la autonomía y los requerimientos de las comunidades.

Y en el caso de las empresas de propiedad social y las instituciones oficiales, se trata de abrir espacios autogestionarios y de corresponsabilidad, en ámbitos organizacionales tradicionalmente imbuidos en una fuerte carga de autoritarismo y burocracia. Estamos hablando de un proceso de la mayor importancia, aunque no exento de complejidad, para la construcción de nuevas formas de existencia social.

El proceso de surgimiento y consolidación de consejos comunales y comunas, y el desarrollo de potencialidades revolucionarias en las empresas sociales requieren de la profundización del aprendizaje compartido en diversas instancias y niveles. Por ejemplo, los gobiernos municipales deben asumir una apertura hacia “arriba” (articulación con otras instancias gubernamentales y empresas sociales) y hacia “abajo” (articulación con las comunidades locales). Ello implica, por una parte, simplificar los procedimientos administrativos y agilizar la toma de decisiones, y por la otra, ampliar la capacidad de diálogo y de interacción con sus interlocutores.

En cuanto a las comunidades locales organizadas, base de los movimientos sociales, este proceso les mueve a abrirse al diálogo directo con tres tipos de actores sociales:

- Su propia gente (la comunidad en sí).

- Las otras comunidades (por ejemplo, en la creación de la red de consejos parroquiales y comunales).
- Los gobiernos municipales, tradicionalmente alejados y casi autosuficientes.

En el caso de las instituciones oficiales se plantea una apertura interpretativa de los grandes planes sociales y económicos de la nación, y un repensar con profundidad sus propios seres y sus fundamentos, sus modos de organización, con potencialidad transformadora. Ello representa, tanto para el gobierno municipal, regional y nacional, como para las comunidades específicas y las empresas de producción y de propiedad social, la previsión y realización de acciones organizadas de mayor alcance y complejidad. Para emprender tales acciones, conviene desarrollar y perfeccionar a diario altos niveles de aprendizaje colectivo. Este aprendizaje no puede ser meramente espontáneo, aunque tampoco nada parecido a un programa de estudios formales. Requiere la concertación, así como la disposición actitudinal y las competencias de las personas involucradas en los distintos niveles.

De esta suerte, la conformación y el fortalecimiento de este tejido social revolucionario está relacionado con la generación de un sistema vivo de aprendizaje permanente, que involucre diversos actores: gobierno central, gobiernos municipales, regionales y las comunidades locales.

Este sistema (alejado de atavismos burocráticos) ha de tener como horizonte el aprendizaje de la convivencia y la integración, mediante el ejercicio diario del diálogo, de la búsqueda de acuerdos, del perenne ensayo del consenso. Solo dentro de esta intención del intercambio y el compartir adviene el aprendizaje de la teoría/práctica, necesaria para llevar a cabo las acciones (elaboración de planes, constitución de las mesas técnicas, ejercicio participativo de presupuesto, entre muchas otras).

Se trataría, en fin, de un sistema abierto, sin jerarquías preestablecidas, que favorezca al máximo la comunicación entre los diversos actores (gobierno nacional, regional, municipal, local, así como de las respectivas comunidades), en una interacción permanente, y una constante sistematización (reflexión, análisis, conceptualización) de las experiencias desarrolladas. Una especie de atarraya donde todos los puntos son importantes, pero lo más importante es el mantenimiento de la trama social total.

Los espacios desde donde se ha de tejer este sistema, así como la gestión del mismo, han de estar en manos de las propias comunidades y de los gobiernos locales y municipales, por una parte, y de los trabajadores de las instituciones oficiales, por la otra. Se trata de un aprendizaje desde la cotidianidad, y quienes deben desarrollarlo y administrarlo son los actores principales ya mencionados.

Estos actores, en medio de la diaria praxis de previsión y realización de acciones para el mejoramiento de la vida comunitaria, dedicarían momentos al análisis, la reflexión y el disfrute de lo que se hace, así como de la detección de los aprendizajes derivados, de modo de poder compartir esos conocimientos con otros miembros de la comunidad y de otras comunidades. No está de más llevar registros y pensar en publicaciones puntuales, por ejemplo: *cómo dirigir una asamblea*, o *cómo ejecutar un presupuesto*, o algo así como: *viviendo y creciendo comunitariamente...*

Sin embargo, aunque el aprendizaje relevante estará en manos de las comunidades organizadas y los gobiernos municipales, es posible contar con el respaldo de otros grupos de profesionales. Por ejemplo, pueden conformarse equipos de apoyo formativo que favorezcan tipos específicos de aprendizaje, tales como los técnicos (como un diagnóstico comunitario, elaboración de presupuesto), y de apoyo a los práctico-actitudinales (llevar a cabo una negociación, tomar decisiones, etc.). Estos equipos de apoyo pudieran estar formados por universitarios, escuelas de gerencia social y otras instancias pertinentes. Los recursos técnicos y financieros para

llevar a cabo esto requerirían de acuerdos interinstitucionales, y del aporte de las empresas de propiedad social.

La vida en las comunidades de aprendizaje

Los espacios de formación han de convertirse progresivamente en verdaderas comunidades de aprendizaje. Hablamos de seres humanos en relación cercana, capaces de reconocerse mutuamente y de compartir sentires, saberes y posibilidades. Mas esto, lejos de distraer el sentido de la organización que comparten, ha de potenciar sus acciones y proyectos para cumplir los roles acordados y mejorar las condiciones de vida.

Sin embargo, las comunidades de aprendizaje no deben estar subordinadas a otros espacios organizacionales. Es decir, no son simples medios para el logro de los fines de la organización, sino un ámbito con perfil propio y, al mismo tiempo, tiene que vincularse con la vida entera de esa organización, sin sustraerse de ella.

Estas comunidades de aprendizaje serán siempre un ensayo en sí mismas, es decir, una creación permanente desde los intereses y los requerimientos vitales de sus integrantes. Algo con vida propia, con el ritmo y el estilo que las personas le vayan imprimiendo. Pueden asumir acciones como las siguientes:

- Intentar crear las reglas de juego entre todos, por consenso. Ello hará que cada quien se concentre en el grupo y no solo en sí mismo, y ejerciten el ponerse de acuerdo. Estas reglas tienen que pautar las vivencias compartidas del colectivo, en cuanto a tiempo, espacio, responsabilidades personales y compartidas, etc.
- Realizar acciones permanentes para fomentar la participación activa y relevante de todos los integrantes, de cara a la creación colectiva de un clima de libertad, respeto, tolerancia, solidaridad,

compromiso. No se trata de imponer valores más bien abstractos, incoloros, sino de vivirlos en el transcurrir cotidiano.

- Sumergirse en un ambiente agradable, de trato respetuoso y sentida amabilidad, pero al mismo tiempo abrir cauce para la problematización constante, la crítica sistemática del mundo y la autocrítica constructiva. Ese mundo incluye sistemas complejos de vínculos personales, familiares, grupales, locales, nacionales, regionales y hasta mundiales. Mas esos sistemas no constituyen formas abstractas, ajenas, sino que están contenidos en las redes multidimensionales de relaciones que transitan nuestra vida cotidiana. Así, problematizar y cuestionar el mundo es también hurgar y transformar nuestra vida cotidiana.
- Asumir experiencias integrales e integradas con otras, de cara a la generación y desarrollo de proyectos de vida/aprendizajes. Estos proyectos a la par que permiten el crecimiento y desarrollo interno de los seres humanos, se orientan a procesos de liberación plena, crecimiento personal y transformación progresiva de la sociedad.
- Codificar y sistematizar tales proyectos, convirtiéndolos en aprendizajes compartidos, relevantes, comunicables a personas de la misma comunidad o de otras comunidades, por medio de informes, esquemas, gráficos, etc.

Centros de producción social del conocimiento

El fortalecimiento de los colectivos de aprendizaje, y la conformación de tramas entre ellos, darán pie a la generación, desde cada ámbito organizacional, de Centros de Producción Social del Conocimiento (CPSC). Estos Centros pueden caracterizarse como espacios de encuentro entre iguales (las relaciones son de carácter

horizontal, fraternal), e incluirán la eventual presencia de otros actores sociales, tales como miembros de Consejos Comunales, Comunas, investigadores, profesores, etc., con el propósito de compartir esfuerzos en la generación, sistematización, validación y socialización de saberes y aprendizajes.

Es vital, en primer lugar, abordar un proceso intensivo de formación de los facilitadores de estos Centros de Producción Social del Conocimiento. Ello implica una combinación de sesiones presenciales (contiguas) y otras comprendidas en el desarrollo de los proyectos de aprendizaje. En todo caso, los facilitadores han de experimentar por sí mismos los procesos formativos que han de compartir con sus compañeros y, por otra parte, han de consolidar sus competencias para llevar registros de seguimientos y sistematización de experiencias y de aprendizaje, con lo cual se ha de apoyar los procesos investigativos.

En las empresas de propiedad social y en las comunidades se constituirán los Centros de Producción Social del Conocimiento, es decir, equipos de trabajadores (entre diez y doce personas). Serán personas con diversos roles, bajo la orientación de un facilitador, que es también un compañero de trabajo/vida. Las reglas serán discutidas y controladas colectivamente. Periódicamente se organizará un encuentro entre los diversos equipos de cada empresa, o de cada comunidad, con el fin de compartir conocimientos y aprendizajes, y contribuir al mejoramiento permanente de los procesos formativos. Eventualmente, se realizarán también encuentros con los equipos de otras empresas, con el fin de enriquecer los procesos.

En cada equipo, el facilitador (coordinador o mediador) presentará una propuesta inicial para su discusión, con el objeto de ser completada, enriquecida o reestructurada por todos. Comprenderá, en principio, las pautas para que cada trabajador aborde un relato de vida (autobiografía) con los sucesos que considere más relevantes para ser compartidos con sus compañeros de trabajo. Una vez compartidos estos relatos, hecho que genera procesos de identificación recíproca,

de reflexión compartida y hasta ratos de humor, se emplean los relatos para que cada trabajador haga un balance de sus aprendizajes y conocimientos desarrollados hasta el presente (perfil de ingreso). A partir de estos perfiles se puede negociar con alguna institución educativa las formas de reconocer y acreditar esos aprendizajes y conocimientos (mediante el desarrollo de informes donde se manifieste el modo como cada persona evidencia tales aprendizajes y conocimientos).

Seguidamente, los equipos de trabajadores, integrando sus intereses personales y los requerimientos de la empresa, elaborarán sus perfiles prospectivos. Esto significa expresar sistemáticamente sus requerimientos formativos, que pueden ser resueltos en el marco del sistema integral de aprendizaje permanente. A partir de aquí se generará una nueva negociación con la institución educativa en torno a cuáles han de ser los caminos para desarrollar, reconocer y acreditar los aprendizajes y conocimientos generados. Ello puede contemplar: cursos específicos, diplomados, carreras ya existentes (Educación y Administración) y carreras por crear (Economía del Trabajo, Gestión de Empresas Estratégicas, Promoción Cultural, etc.).

De igual manera, las estrategias de aprendizaje serán construidas por los CPSC de cada empresa y negociadas con la institución universitaria. Más bien preferimos hablar de experiencias de formación, y no de *programas, diseños curriculares o cursos de capacitación*. No hemos pensado en el desarrollo de competencias específicas para favorecer la división del trabajo del sistema imperante, sino que se trata de responder a un enfoque integral del ser humano (dimensión psicosocial y espiritual) y a una concepción de complejidad de la organización, como ámbito de crecimiento personal y desarrollo social. En nuestro caso, proponemos el uso de herramientas formativas que nos han dado resultados favorables (en lo personal y lo social) durante unos treinta años: el método de proyectos como eje de articulación teórica y práctica; como modo de producción, validación y sistematización de aprendizajes y conocimientos.

El trabajo del facilitador, de compartir el manejo de herramientas de registro, seguimiento bajo pautas etnográficas (registro fiel, caudaloso, desde el mundo de vida de los trabajadores) y hermenéuticas (creación de sentido e interpretaciones compartidas), favorecerá indudablemente la generación y validación de conocimiento disciplinario, interdisciplinario y transdisciplinario, así como su manifestación en productos tangibles (informes, ensayos, reflexiones diversas, diseños tecnológicos, artículos) que han de ser socializados en otras empresas y en otros ámbitos, a nivel nacional e internacional. Este intercambio dará pie a la búsqueda de la integración nacional, latinoamericana y caribeña, basada en la producción científica, tecnológica y humanística.

REFERENCIAS DOCUMENTALES

- Borda, O. F. (19 abril 2005). *Socialismo raizal*. Voltairenet.org.
- Borda, O.F. (2007). *Hacia el socialismo raizal y otros escritos*. Colombia: Ediciones Desde Abajo.
- Borón, A. (2006). “La izquierda latinoamericana en el umbral del siglo XXI.” En: *Movimientos y poderes de izquierda en América Latina*. Coord. Bernard Duterme. Caracas: Laboratorio Educativo.
- Casanova, I. (s/f) *Movimientos sociales. Espacios de formación de piqueteros y desocupados*. http://www.lafogata.org/02asambleas/12asambleas/as_espacios.htm.
- De la Torriente, R. (2004). *Investigar, pensar y sentir desde las entrañas del movimiento popular*. La jiribilla. Argentina
- De Sousa Santos, B. (1998). *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*. Siglo del Hombre Editores. Ediciones Uniandes, Bogotá.
- De Sousa Santos, B. (2006). En: “Entrevista de Deny Extremera al sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos”, jurado de literatura brasileña en el Premio Casa 2006. Portal La Ventana.
- Doise, W. (1991). “Identidad, conversión e influencia social”. En: *La influencia social inconsciente: Estudios de psicología social experimental*. Edición de Serge Moscovici, Gabriel Mugny y Juan Antonio Pérez. Barcelona: Anthropos.
- Dos Santos, Theotonio (2006). “De la resistencia a la ofensiva: el programa alternativo de los movimientos sociales”. En: *Movimientos y poderes de izquierda en América Latina*. Coord. Bernard Duterme. Caracas: Laboratorio Educativo.
- Fermín, J. (2007). *¿Qué pasa con los movimientos sociales en Venezuela?* Rebelión.

- Flores Mora, D. y M. González Suárez (1990). *La identidad y conciencia latinoamericana: la supervivencia futura*. México: Plaza y Valdés.
- Goldar, R.M. (2008). *Educación popular y movimientos sociales en el actual contexto de Latinoamérica y el Caribe*. Balance provisorio. *La Piragua* N° 27. Ciudad de Panamá.
- Gómez Calcaño, L. (Compilador). (1987). *Crisis y movimientos sociales en Venezuela*. Caracas: editorial Tropykos.
- Ouviña, H. (2006). "Zapatistas, Piqueteros y Sin Tierra. Nuevas radicalidades políticas en América Latina". En: *Movimientos y poderes de izquierda en América Latina*. Coord. Bernard Duterme. Caracas: Laboratorio Educativo.
- París Pombo, M.D. (1990). *Crisis e identidades colectivas en América Latina*. México: Plaza y Valdés.
- Pineda, Ramírez (2004) *Cinco sueños del zapatismo, cinco sueños para la resistencia*. Rebelión <http://rebellion.org/noticia.php?id=3047>
- Pividal, F. (2006). Bolívar. *Pensamiento precursor del antiimperialismo*. Caracas: Fides.
- Rauber, I. (2006). *Sujetos políticos. Rumbos estratégicos y tareas actuales de los movimientos sociales y políticos en América Latina*. Colombia: Ediciones Desde Abajo.
- Universidad Pedagógica Nacional. *Movimientos sociales, educación y formación de pensamiento crítico*. Bogotá-Colombia.
- Verdaguer, C. (1993). "Los movimientos sociales, de la esperanza al desconcierto". Artículo publicado en la revista *Documentación social. Revista de estudios sociales y sociología aplicada*, editada por Cáritas española. "Los movimientos sociales hoy", n. 90, enero-marzo 1993.
- Zibechi, R. (2004). *El otro mundo es el adentro de los movimientos*. Redvoltaire.net.
- Zibechi, R. (2005). *La educación en los movimientos sociales*. Choike: Montevideo/ Uruguay.
- Zibechi, R. (2007). *Dispersar el poder. Los movimientos sociales como poderes antiestatales*. Colombia: Ediciones Desde Abajo.

ÍNDICE

Introducción	9
Capítulo 1	
Movimientos sociales en América Latina. Una caracterización	13
Trazos de historia	13
Un intento de caracterización de los nuevos movimientos sociales	22
Capítulo 2	
Apuntes para una génesis de los movimientos sociales en Venezuela	29
Breve viaje en el tiempo	29
Capítulo 3	
Coyuntura en Venezuela y el papel de los movimientos sociales	37
Contradicciones en la coyuntura venezolana actual	39
Venezuela en tres lógicas	43
Retos de los movimientos sociales en la coyuntura venezolana actual	47
Capítulo 4	
Una mirada desde el interior de los movimientos sociales venezolanos	51
¿Quiénes somos?	51
¿Cómo vemos la realidad actual?	53
¿Cuál es el horizonte que buscamos?	54
¿Cómo lo haremos?	56
Capítulo 5	
La formación desde los movimientos sociales. Una mirada crítica	59
La educación en América Latina: algunas pistas	59
De lo que hemos venido hablando	60
Retos de los movimientos sociales venezolanos	63
El proyecto de los movimientos sociales	65

Pautas para asumir la educación desde los movimientos sociales	67
Desafíos para la educación desde los movimientos sociales	68

Capítulo 6

Movimientos sociales en Venezuela: Una propuesta formativa	73
Razones para esta propuesta	73
Cómo viene ocurriendo la formación	74
La formación desde los movimientos sociales venezolanos: claves para potenciarla	75

Capítulo 7

Hacia la construcción de sistemas de aprendizaje permanente	81
Puntos de convergencia	81
Sistemas de aprendizaje permanente	82
La vida en las comunidades de aprendizaje	86
Centros de producción social del conocimiento	87

Referencias documentales	91
---------------------------------	----

Edición digital

enero de 2017

CARACAS - VENEZUELA.



“Este libro es producto de experiencias, lecturas y diálogos diversos con actores de movimientos sociales, y con otras personas que participan con ellos desde los espacios académicos. Tiene como fin sistematizar un conjunto de ideas, que aspiramos sean aportes para el diálogo colectivo. Nos detendremos principalmente en los movimientos sociales de Venezuela, y estamos lejos de decir que hablamos en su nombre, o que intentamos abarcarlos a todos.”



JULIO VALDEZ

Magister Scientiarum en Andragogía (Universidad Eugenio María de Hostos, República Dominicana). Vicerrector Académico de la UNESR (2010-2012). Director del Centro de Experimentación para el Aprendizaje Permanente (Cepap, de la UNESR, 2006-2010). Director de Investigación del Decanato de Postgrado de la UNESR (2002-2006). Fue director del periódico *La Voz de Caricuaio*, Cooperativa Coopsem, Escuela de Salud *Esparso*, Frente Cultural de Caricuaio. Entre sus libros publicados se cuentan: *Redes pedagógicas. Una experiencia venezolana de formación docente* (1984), *Los pasajeros de la nueva estación* (2002), *Integración cultural en América Latina* (2006) y *Andragogía: una lectura prospectiva* (2010) publicado por nuestra editorial.



COLECCIÓN **Paulo Freire**



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



1817 - 2017
ZAMORA
UNION OBRERO MILITAR